

CONQUISTA ESPACIO

EL ENIGMA DE LA ISLA FLOTANTE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

SAM.

CONQUISTA ESPACIO



EL ENIGMA DE LA ISLA FLOTANTE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

670 — En busca del dinosaurio perdido, Adam Surray.

671 — *Objetivo: Destruir el Sol,* Joseph Berna.

672 — *Los mercenarios de Whutoo,* A. Thorkent.

673 — *Emigración al terror,* A. Thorkent.

674 — *Napo, «el Robot»,* Joseph Lewis.

KELLTOM
McINTIRE

EL ENIGMA
DE LA ISLA FLOTANTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 675

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 18.398 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1983

2.ª edición en América: enero, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1983

CAPITULO PRIMERO

Si Lorna Fynes formaba parte de aquella arriesgada expedición, no era simplemente por amor a la aventura.

Se dirigían a la Antártida y ella odiaba el frío.

Nacida en las templadas tierras de Alabama, Lorna amaba el clima benigno, la vegetación exuberante, las largas tardes de verano y las melodías sureñas.

Pero ahora su proyecto estaba claro: matar.

Ansiaba matar a un hombre, lo deseaba con toda su alma.

Sólo tenía veintitrés años, pero su corazón estaba lleno de rencor.

Por supuesto, Loma era consciente de que iba a pagar un caro precio por cumplir su venganza.

Sencillamente: se arriesgaba a morir ella también.

El poderoso *Airmaster* se dirigía a la Antártida.

El gran pentarreactor experimental descendería verticalmente sobre los hielos eternos del Polo Sur y el equipo de hombres y mujeres que viajaban a bordo llevaría a cabo toda una serie de dificultosas pruebas: desde resistir un año entero sin ayuda exterior en medio del Antàrtico, hasta el análisis electrónico del subsuelo en busca de yacimientos minerales y de hidrocarburos.

Naturalmente, numerosas naciones tenían intereses en la misteriosa, inexplorada y fría Antártida.

Aunque la posesión del continente helado fuera compartida, diversos países poseían ya estaciones de observación, servicios meteorológicos e incluso asentamientos de pesquerías y otros negocios muy prósperos.

La misión de la que formaba parte Lorna Fynes era muy complicada y... delicada.

El programa venía gestándose desde varios años atrás. En él habían participado ingenieros, geólogos, expertos en supervivencia, en estrategia, psicólogos... Un equipo, en fin, formado por varios centenares de personas, que habían trabajado en secreto durante

mucho tiempo para poner la misión a punto.

El mismo avión en que viajaban, el sofisticado y poderoso *Airmaster*, había sido diseñado, calculado y sometido a rigurosas pruebas en absoluto secreto. Y precisamente en una de las bases más seguras de los Estados Unidos de América.

La misión la integraban treinta hombres y mujeres seleccionados entre militares y personal civil dependiente del Estado.

«Quince hombres y quince mujeres —pensaba en aquel momento Lorna Fynes—. ¿De quién partiría tan peregrina idea?»

Por supuesto, de los trabajos de un escogido grupo de psicólogos.

¿Imaginarán nuestros jefes que hombres y mujeres nos vamos a enamorar locamente a setenta grados bajo cero?, se preguntó con àcida ironía.

Nadie les había explicado los motivos de aquella equilibradísima proporción de sexos. Los psicólogos casi nunca dan explicaciones acerca de sus enrevesados acuerdos.

Lo cierto era que la edad media de los expedicionarios no rebasaba los treinta y cinco años.

Había personas muy jóvenes, como la propia Lorna, que acababa de cumplir los veintitrés años.

El mayor de todos era el geólogo William Starkey, que tenía cuarenta y dos. Pero la mayoría no habían cumplido los treinta y cinco años.

También había una curiosa mescolanza de razas, aunque los que imperaban era los WASP (1[1]).

Rusel Pollard, por ejemplo, era un WASP.

Pero había cinco personas de raza negra —Lorna era una de ellas —, tres hawaianos, tres chino-americanos, e incluso un piel roja, John «Red» Larkins.

La mayoría de aquellas personas llevaban la aventura en la sangre. Otros iban a la Antártida para olvidar problemas personales insolubles, e incluso había quien formaba parte de la expedición por el señuelo de la crecida cantidad de dólares que iban a ganar a lo largo de aquellos doce meses.

Como hemos dicho, también había una persona cuyo único motivo era matar. Y ésta era la doctora Lorna Fynes, que se había sometido a las pruebas selectivas después de terminar su internado.

La persona a la que odiaba con toda su alma no era otra que Rusel Pollard, el piloto-jefe de la aeronave *Airmaster*.

De todas formas, Lorna no podía negar que Pollard tenía un aspecto muy distinguido. Y —es obvio— era rubio, tenía los ojos de un color azul intenso y medía casi dos metros.

Durante los meses que habían convivido los miembros de la expedición en la distante Base de Alaska, Lorna jamás le había visto participar en otros actos comunitarios que aquellos estrictamente oficiales.

Pollard no reía, no jugaba, no bromeaba, no bebía en compañía.

En cuanto terminaban las horas dedicadas al adiestramiento o al aprendizaje de técnicas especiales, Pollard se recluía en su cabina y nadie le veía hasta el día siguiente.

Conscientemente, Pollard rehuía a los demás y se apartaba de todos.

¿Por qué, entonces, le habían elegido jefe?

El general Tamblyn, director del programa, había propuesto a los treinta hombres y mujeres que ellos mismos eligiesen a su jefe y a otra persona que cumpliría esta misión, en el caso de que el primer designado, causase baja por accidente, enfermedad o… muerte.

Era curioso.

Nadie diría que Rusel Pollard poseyera carisma entre sus camaradas. Pero debía tratarse de un líder nato, puesto que había sido elegido jefe de la misión por una aplastante mayoría de votos.

Recordando esto, Lorna rió sarcàsticamente.

Porque se daba la circunstancia de que también ella había escrito el nombre de Pollard en la papeleta de voto.

¿Por qué lo había hecho, si odiaba a muerte a aquel individuo?

Ni Lorna misma entendía aquel impulso.

Probablemente, lo hice como compensación. Puesto que ha de morir muy pronto, que goce del poder hasta que le llegue la muerte.

Sí. Lorna estaba firmemente dispuesta a llevar adelante su plan hasta las últimas consecuencias.

Aunque le costara la vida.

Naturalmente, si se había enrolado en la dificultosa misión que tenía como objetivo la Antártida, era con el único fin de eludir su responsabilidad por el asesinato de Rusel Pollard.

¿Asesinato?

Lorna entendía más bien que su muerte constituiría una ejecución: en su concepto Pollard merecía sobradamente la muerte.

CAPITULO II

Eran las cinco de la tarde del veintiséis de junio.

El *Airmaster* volaba a diez mil metros de altitud majestuosamente.

Aún faltaban, sin embargo, tres largas horas antes de avistar la Antártida. Entretanto, no había más remedio que permanecer atentos al vuelo para no cometer error alguno que los apartara de la ruta señalada.

Dentro de la carlinga, el copiloto, Douglas Brown había intentado repetidamente iniciar una conversación con Rusel Pollard, a fin de hacer menos monótono el viaje. Infructuosamente, pues Pollard se negaba tercamente a iniciar el diálogo y se limitaba a responder a las consultas de su copiloto con simples monosílabos.

A las cinco treinta, el *Airmaster* volaba sobre el océano a más de trescientas millas de Cape Fairbanks, en la costa occidental de Australia.

El avión no debería inspirar sospechas si era detectado en los radares de la costa. Pero la tripulación no debería responder en ningún caso a una probable consulta por parte de las autoridades australianas.

Aunque, volando fuera de las aguas jurisdiccionales, era muy improbable que los australianos mostrasen curiosidad por el *Airmaster*. Sobre todo si se tiene en cuenta que la ruta del Polo Sur es frecuentada a menudo por aeronaves de vuelos continentales.

El cielo aparecía despejado, si bien en la lejanía se veían flotar sobre el mar espesos bancos de niebla blanquecinos.

—Vamos a descender a seis mil metros —propuso Pollard—. Son las cinco y cuarenta y cinco. Estaremos rebasando el continente australiano y pronto dejaremos de captar las señales de los radiofaros. Por tanto, deberemos navegar a estima, guiándonos de nuestra apreciación óptica.

Maniobró en los mandos y el colosal pentarreactor descendió suavemente.

A las seis quince, el avión hendía los estratos nubosos.

Un momento después, Douglas Brown inquiría alarmado:

—¿Qué está ocurriendo? ¡Perdemos altura!

En efecto, el altímetro marcaba cuatro mil metros.

—¡Toney! —gritó Pollard al ingeniero mecánico, que ocupaba un lugar en la carlinga—: ¡Conecte el comprobador de averías! ¡Estamos perdiendo potencia!

—En efecto, señor —informó Gordon Toney, segundos después—. El reactor de cola se ha parado y el queroseno llega con dificultad a los de los planos. ¡No sé qué puede ocurrir, pero mucho me temo que no podré arreglar la avería en vuelo!

Tras pulsar los comprobadores de circuitos integrados, consultó el panel luminoso del comprobador de averías, Toney advirtió:

—Me lo temía: la avería está en las bombas de alimentación.

—¿Quiere decir que nos veremos obligados a amarar? —exclamó Rusel Pollard, sin perder la serenidad.

—No queda otra solución, señor. Imposible reparar la avería en vuelo. Y escúcheme con atención: todavía quedan de ocho a diez minutos para intentar la maniobra. En las tuberías, queda algo más de un centenar de litros de combustible que caerá a las turbinas por su propio peso. Una vez se agote ese pequeño caudal no podremos hacer otra cosa que planear. Y el *Airmaster* es muy potente, pero mal planeador —advirtió el ingeniero.

Pollard se mordió los labios. Pero manipuló en los timones y el reactor descendió mil metros.

—Visibilidad nula —informó el copiloto—. Estamos volando en medio de un banco de bruma. Conecto el radar de aproximación.

Pollard iba desacelerando progresivamente las turbinas, con el fin de economizar combustible al máximo, pero con el riesgo de que la pesada aeronave entrara en pérdida.

Miraba ansiosamente hacia adelante, esperando que la bruma se dispersase en seguida y le permitiera contemplar lo que tenía adelante, pues nada hay más angustioso que navegar a ciegas.

Pero el *Airmaster* descendía continuamente y seguía perforando aquella espesa masa de niebla blanquecina.

—Cuatrocientos... Trescientos cincuenta, trescientos metros—iba informando el copiloto.

Algo se estrelló fulminantemente contra el fuselaje del avión.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Glesson, el operador de comunicaciones—. ¡Sonó como un cañonazo!

—Aves, según creo —respondió Douglas Brown—. Pero ¡es extraño! No es lógico encontrar aves en esta zona del océano.

La velocidad era inferior a los seiscientos kilómetros por hora.

Y pronto descendió hasta quinientos, cuatrocientos cincuenta...

—¡Atención! —previno el piloto—. Voy a intentar invertir los reactores de los planos para descender. Espero disponer de la suficiente potencia.

—¡Espere! —gritó Tony Glesson—. ¡Esto es muy extraño!

—¿A qué se refiere? —preguntó Rusel Pollard, impaciente.

—¡Las señales recogidas por el radar! Ya sé que es estúpido, pero todo parece señalar que estamos sobrevolando tierra — respondió el operador.

—¿Sobre tierra? ¡Eso es absurdo! Los mapas no registran ninguna isla en una extensión de casi mil millas cuadradas —exclamó el piloto.

—Pero el radar...

—El radar se habrá averiado, como el sistema de alimentación —le cortó el comandante con cierta brusquedad.

De repente, la niebla quedó atrás. Douglas Brown dejó escapar una exclamación de contenida sorpresa.

—¡¡Tierra, es tierra!! — chilló.

Pollard hubo de rendirse a la evidencia: doscientos metros más abajo se vislumbraban las frondas de una espesa zona selvática.

—¡No lo entiendo! —murmuró—. Las cartas de navegación no señalan ninguna isla en esta posición. Por el momento, atención a la maniobra. Vamos a descender —decidió.

Oprimió el servomando de la inversión de reactores y la aeronave frenó considerablemente su velocidad.

Sin embargo, Pollard se alarmó al comprobar que el Airmaster caía a mayor velocidad de lo que fuera deseable.

Súbitamente el tren de aterrizaje rozó las copas de los árboles, se

oyó un crujido y la aeronave se estremeció con peligrosa brusquedad.

Pollard tiró del acelerador con todas sus fuerzas y el largo fuselaje del *Airmaster* se abatió materialmente sobre la selva, rebotó con fuerza, se arrastró aún durante treinta segundos y finalmente quedó inmóvil.

Douglas Brown dejó escapar con fuerza el aire contenido en sus pulmones.

—¡Uf! —rezongó—. ¡Temí que íbamos a estrellarnos finalmente! Gracias a la inversión de los reactores, comandante, se ha evitado lo peor.

Pollard no demostró sentirse envanecido ni satisfecho por las palabras de su copiloto. Por el contrario: parecía furioso.

—Vamos a avisar a los demás que nos hemos visto obligados a realizar un amaraje de emergencia —indicó a Brown.

Giró en su asiento y dijo al operador de comunicaciones:

—Y usted, Glesson, tráigame esos mapas. Estoy ansioso por comprobar de quién ha partido el error.

Aflojó su cinturòn de seguridad y tomó las cartas de navegación que Glesson le entregaba.

El operador le había marcado con un punto en rojo la posición teórica del *Airmaster* en aquel momento.

—¡Nada! —exclamó Pollard, irritado—. No veo ninguna isla, ni siquiera un islote o unos arrecifes. El mapa debe contener alguna equivocación u omisión. ¡Me parece intolerable!

Devolvió las cartas a Glesson y le preguntó:

—¿A qué distancia estima que nos encontramos de la costa australiana?

—Algo más de ochocientas millas, señor. Dirección sur suroeste —respondió el operador, solícito.

Eran las seis y veinticinco. Por encima de la carlinga del avión, los bancos de niebla ocultaban el sol hasta unos trescientos metros de altura.

—Tiene razón, comandante —opinó el ingeniero de mantenimiento, acercándose a ambos—. Esto es demasiado extraño.

Sin embargo, no creo que el general Tamblyn nos entregara unos mapas que contuvieran errores u omisiones. El Departamento Norteamericano de Cartografía es uno de los más exactos e infalibles del mundo.

Pollard le miró inquisitivamente.

—¿Quiere eso decir que esta isla ha brotado de improviso del fondo del mar? —exclamó, incrédulo.

Gordon Toney se encogió de hombros.

—¡Qué puedo responder! Mi especialidad son los secretos de la mecánica y no poseo grandes conocimientos de geología y geografía. Aunque… no hace muchos años surgió de improviso una gran isla en el Atlántico Norte, muy cerca de Islandia…

Una mueca sarcàstica distendió los finos labios de Rusel Pollard.

—Amigo mío, esta isla ofrece una selva exuberante. Y los árboles de esa talla —señaló los gruesos troncos que se divisaban desde la carlinga— no crecen en unos pocos meses.

Toney volvió a encogerse de hombros.

—Consulte con William Starkey. El segundo jefe es un experto geólogo. Quizá él pueda ofrecerle una explicación —respondió el ingeniero, sin disimular su irritación.

—Muy bien, hablaré con el profesor Starkey. Entretanto, lo más aconsejable es que despresuricen la aeronave. Usted, Toney, salga al exterior y vea si puede reparar esa avería. No me extrañaría que hubiésemos sufrido otros daños: el descenso fue excesivamente brusco —observó Pollard, poniéndose en pie.

En la cabina de pasajeros reinaba una considerable confusión. Los restantes componentes de la expedición hablaban a gritos y rodeaban, muy excitados, a Douglas Brown, a quien apenas permitían explicarse.

Con la aparición del comandante Pollard se hizo la calma.

—Por favor, escuchen —pidió el comandante con voz reposada—. No ocurre nada irreparable: una avería en el sistema de alimentación de las turbinas. Gordon Toney se encargará de la reparación, aunque imagino que no podremos reanudar el viaje hasta mañana. No hay, de todos modos, ningún motivo de alarma.

Una guapa muchacha de color se abrió paso hasta Pollard.

—Ah, ¿no? —exclamó, belicosa—. Pues el profesor Starkey asegura que hemos venido a descender sobre una isla fantasma. Según él, en estas latitudes nunca existió tal isla. Pero nosotros hemos venido a caer sobre ella. ¿Puede explicárnoslo, «señor» Pollard?

El piloto observó a la joven con una expresión indefinible, pero no se dejó influir lo más mínimo por el tono hostil de la bella muchacha de piel negra.

—Debe haber alguna explicación, doctora Fynes —pronunció, ecuánime—. Desde un error en nuestros mapas, hasta una desviación accidental en nuestra singladura.

El miembro más veterano del grupo, el profesor Starkey, se acercó al comandante.

—No hay tal error, Pollard —afirmó—. Al menos en cuanto a la probable existencia de una isla en estos lugares. Yo poseo una completa colección de mapas impresos recientemente por los servicios australianos de cartografía y ninguna isla aparece señalada en ellos, en este punto. No hay ninguna isla en centenares de millas a la redonda.

—En tal caso, deberemos admitir que nos hemos separado considerablementente de nuestra ruta —admitió Pollard, inexpresivo —. Esta eventualidad también estaba prevista, puesto que al debilitarse las señales procedentes de los radiofaros australianos, nos hemos visto obligados a navegar *a la estima*, ¿comprenden? —explicó concisamente.

—Así que, según usted, no existe ningún problema —insistió la joven doctora Fynes, mordiéndose los labios, muy nerviosa.

—Ninguno, por el momento. El ingeniero Toney y los mecánicos Larkins y Richards repararán la avería en las bombas de alimentación. Mañana proseguiremos el viaje. Todo se limitará a alcanzar nuestro objetivo unas horas más tarde —respondió Rusel Pollard.

Toney informó en ese momento que el interior de la aeronave estaba despresurizado.

Instantes después, el ingeniero y los dos peritos mecánicos descendían del *Airmaster*.

No tardaron muchos minutos en volver a bordo. Y las expresiones de sus rostros no eran muy optimistas.

—¿Qué sucede? — preguntó el comandante.

—Hemos caído sobre una ciénaga de aguas pestilentes. Pero eso no es lo peor: el tren de aterrizaje ha sufrido desperfectos que exigirán muchas horas de duro trabajo —informó Toney—. La avería de las bombas es un juego de niños comparado con los destrozos en el tren de aterrizaje.

Jadeó y dijo:

—Lo siento, pero poner la aeronave en condiciones de elevarse de nuevo, nos llevará varios días.

Lorna Fynes sonrió, irónica.

—El problema no era tan pequeño, comandante —pronunció, agresiva.

CAPITULO III

Lorna despertó sobresaltada.

—¿Qué…, qué ocurre? —murmuró, con la torpeza propia de quien despierta en mitad del sueño profundo.

—¡Chiss! No alce la voz o despertará a los demás —siseó junto al lecho el profesor Starkey—. Se trata de Gordon Toney. Parece que no se siente muy bien. Le hemos llevado a una de las cabinas posteriores: tiene mucha fiebre y se queja constantemente.

Loma se alzó lentamente de su litera, buscó una rebeca de punto fino y se la echó encima de los hombros.

—Vamos allá —susurró.

Cruzaron el pasillo y alcanzaron la hilera de seis cabinas dispuestas entre la sección de pasajeros y la doble bodega de carga.

Una de ellas tenía la puerta entreabierta. Rusel Pollard aguardaba dentro, al pie del lecho en que permanecía postrado Gordon Toney.

El ingeniero se quejaba entre dientes, como si estuviese muy enfermo.

La doctora Fynes se inclinó sobre él, ignorando la presencia del comandante.

—¿Qué te ocurre, Gordon? —preguntó la joven, con afable atención.

—¡No lo sé…! —exclamó éste, que apenas podía controlar el castañeo de sus dientes—. Debe ser… esa pequeña herida que me hice esta tarde en la mano derecha. Su… supongo que se me ha infectado. ¡Duele horriblemente…!

Lorna acarició su frente y advirtió que la piel del ingeniero abrasaba.

—Veamos esa herida —propuso, sin perder la calma

Toney sacó tímidamente la mano que mantenía bajo la almohada.

Al ver aquel dedo pulgar completamente hinchado, tan grueso como una morcilla, Lorna se alarmó.

La piel tenía un tono azulado oscuro, muy extraño.

—¡Es… esa maldita ciénaga! —se lamentó el ingeniero—. Larkins,

Richards y yo estábamos desmontando los amortiguadores del tren de aterrizaje, cuando se me escapó la herramienta que utilizaba y me golpeé contra una arista cortante. Después… metí la mano en las podridas aguas para rescatar la herramienta y… Supongo que la pequeña herida del pulgar se ha infectado.

La dotora Fynes fue al botiquín y regresó en seguida.

Introdujo un termómetro entre los labios del enfermo y preparó una inyección de antibióticos.

Cuando retiró el termómetro de los labios de Toney, comprobó que la temperatura corporal del ingeniero superaba los cuarenta y un grados centígrados.

Le obligó a tragar dos píldoras sedantes con un poco de agua y le recomendó:

—Intenta descansar, Gordon. Yo estaré cerca, velándote.

Salió de la pequeña cabina y Rusel Pollard la siguió inmediatamente.

—¿Cree que lo que padece Toney es gangrena? —preguntó el comandante sin disimular su preocupación.

¡Vaya! Aquel redomado canalla incluso simulaba interesarse por los demás… Porque a Lorna no podía engañarla: sabía que la solícita actitud de Pollard era fingida.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. El color de la piel en las zonas gangrenadas no es exactamente el que presenta el dedo de Gordon. Puede tratarse de una sencilla infección provocada por bacterias. Espero que el enfermo reaccione positivamente al tratamiento a base de antibióticos. Dejaré transcurrir unas horas y volveré a inyectarle masivamente antibióticos.

—Pero ¿y si fuera gangrena? —insistió el comandante.

—En tal caso, tendría que amputarle la mano —contestó Lorna, íntimamente preocupada ante aquella eventualidad, pues estimaba personalmente a Gordon Toney.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Permaneceré en vela, junto al enfermo, y seguiré la evolución de esa infección en su mano. ¿Qué otra cosa puedo hacer? —respondió la doctora Fynes, un tanto irritada por la insistencia de Pollard.

—¿Quiere que la acompañe en su vela? — se ofreció él.

Loma apenas pudo disimular su sorpresa.

—¿Para qué? Usted no es médico, no me sería de ninguna utilidad, sino de estorbo. Es mejor que se vaya a dormir.

Pollard vaciló. Pero finalmente pasó junto a Lorna sin tocarla y se alejó tras pronunciar un seco:

—Está bien. Buenas noches.

Lorna fue a buscar algunos específicos y volvió a la cabina de Toney, donde aún permanecía el profesor Starkey.

El ingeniero se quejaba débilmente, pero pronto sus lamentos cesaron. Debía estar profundamente dormido.

—Estoy preocupado, Lorna —susurró Starkey, aparte—. ¿Ha visto el rostro pálido y demacrado de Gordon? Y ese horrible dedo, hinchado y azulado, casi negro... Todo ello me produce una viva inquietud. ¿Cree que se curará?

Lorna le tomó por el brazo y le arrastró al pasillo.

—Ojalá. Pero lo cierto es que estoy tan preocupada como usted, Bill. Eso que tiene Gordon en su dedo no parece gangrena, sino...

—¿Qué?

—Una especie de necrosis de los tejidos musculares. En cuanto Gordon esté bajo el efecto de los sedantes, tomaré una minúscula muestra del tejido afectado y lo analizaré...

—No he visto que le curase usted la herida —observó Starkey, intrigado.

—Nada se conseguiría con ello, pues la infección está muy avanzada. Gordon no le dio importancia a ese pequeño rasguño. En realidad, debió venir en seguida a que se lo desinfectase, pero... Lo que haré será vendarle la mano. Algunas infecciones por bacterias son altamente contagiosas —respondió la doctora.

Como el profesor siguiera allí, Lorna le instó:

—Váyase a descansar. Es inútil que los dos perdamos unas horas de descanso. Yo velaré a Gordon. Vaya tranquilo.

—Está bien, Lorna. Pero no deje de avisarme si comprueba que

Gordon se agrava.

—De acuerdo. Buenas noches, Bill.

Esperó a que el profesor Starkey se alejara hacia la sección de pasajeros y luego penetró en la cabina cuya puerta cerró por dentro.

Observó durante largos minutos a Toney, y comprobó que su respiración era fatigosa, anormal.

Su temperatura no había descendido aún, y el joven ingeniero estaba bañado en sudor.

Media hora después, la doctora Fynes le dio suavemente la vuelta sobre el lecho y tomó su mano derecha.

Observó aquel horrible dedo hinchado y descubrió, asustada, que la hinchazón llegaba ya a la mitad de la mano. El dedo índice azuleaba y se hinchaba progresivamente.

Estrujó un poco la pequeña herida del pulgar y tomó una muestra del humor —especie de pus sanguinolento, muy oscuro— que brotaba de allí, en una barra de cristal, que introdujo seguidamente en un tubo del mismo material.

Arropó a Gordon y abandonó la cabina, camino del botiquín. Allí encendió un potente «flexo», sacó la muestra de la infección y la observó a través del microscopio.

Apenas había pus. Lo que demostraba que las defensas físicas del ingeniero no reaccionaban positivamente contra la infección.

No se trataba de tétanos, ni tampoco de gangrena, pues la herida de Toney carecía del olor fétido que origina esta última enfermedad.

Lorna se sintió impotente: pese a sus esfuerzos, se veía incapaz de diagnosticar aquel tipo de infección, aunque había cumplido dos años de internado en un prestigioso hospital clínico norteamericano.

Preparó, pues, otra inyección y volvió con una bandeja a la cabina de Toney. El ingeniero yacía en la misma posición, amodorrado y febril.

No despertó cuando la doctora le pinchó en el glúteo y le inyectó la nueva dosis de suspensión antibiótica.

Lorna consultó, nerviosa, su reloj de pulsera.

—Las cuatro de la madrugada… solamente —murmuró, inquieta.

Tornó a observar la mano del enfermo.

El dedo índice estaba ya completamente azul y la hinchazón seguía extendiéndose por el dorso de la mano.

Una hora después, incapaz ya de soportar la soledad y la intensa tensión nerviosa, despertó al profesor Starkey y a Norah Wong, su enfermera ayudante.

Indicó a la somnolienta Norah que fuera disponiendo un equipo de material quirúrgico y dijo a Starkey:

—Me temo que tendré que amputar la mano derecha de Gordon Toney. La hinchazón necrosa llega ya a la mitad de la mano. Temo que Gordon no podrá salvarse si no le sometemos a la amputación.

—¡Dios mío! —exclamó el geólogo, fuertemente impresionado—. ¿Estás absolutamente segura, Lorna?

—Por desgracia, sí.

—En tal caso, ¿crees que debemos avisar al comandante?

—Sería conveniente. No me gustaría que Pollard me acusara de tomar por mí misma decisiones tan graves. Por favor, despiértele —rogó.

Pollard llegó dos minutos después.

A juzgar por su aspecto, pulcro y despejado, era de sospechar que no hubiera dormido en toda la noche.

Lorna le explicó la situación en pocas palabras. Pollard reflexionó brevemente y finalmente respondió:

—Lo siento de veras, pero si no hay otra solución…

—Lamentablemente, no la hay.

No movieron a Toney de su lecho. La doctora Fynes le anestesió, comprobó sus constantes vitales y… le amputó diestramente la mano derecha a la altura de la muñeca, respetando cuidadosamente los tendones con vistas a la posterior adaptación de una prótesis y ligando con dedos expertos venas y arterias.

Mientras suturaba el muñón, ordenó a Norah que recogiera la mano cortada, la llevara al botiquín y la guardara en un tarro con alcohol.

—¿Por qué no la incineran, simplemente? —preguntó Pollard, que

había asistido, imperturbable, a la intervención quirúrgica.

—Quiero conservarla porque me interesa estudiar el tipo de bacterias que causaron la infección a Gordon.

Miró fijamente al comandante y añadió, con sarcasmo:

—Naturalmente, en el caso de que alguno logremos escapar de esta trampa.

—Es usted muy pesimista, doctora Fynes —observó Pollard—. ¿Tan negra ve nuestra situación?

Lorna vaciló.

—Me gustaría equivocarme —respondió, con un suspiro de cansancio—, pero mucho me temo que van a surgir nuevas complicaciones.

CAPITULO IV

Norah Wong la despertó a las once de la mañana.

—Lo siento, Lorna —se excusó la enfermera—. Gordon Toney está dando unos gritos horribles. ¡Parece haberse vuelto loco!

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Despertó hace un cuarto de hora. Le dije con toda la dulzura posible que nos habíamos visto en la necesidad de amputarle la mano para salvarle. Entonces dio un chillido e intentó arrancarse el vendaje. Por fortuna, varios de nuestros compañeros acudieron en seguida y han logrado sujetarle. Sin embargo, sigue gritando y gritando, como si hubiera perdido la razón.

Lorna se vistió apresuradamente y saltó al suelo desde su elevada litera.

No fue necesario llegar a la cabina del ingeniero para oír los impresionantes alaridos que lanzaba el pobre hombre: desde el distante pasillo eran claramente audibles.

—¡Por favor, por favor, déjenme pasar! —pidió a las personas que obstaculizaban la entrada.

Preparó una inyección de morfina y pinchó en el brazo izquierdo del infeliz Gordon.

—¡Calma, calma, amigo mío! —suplicó—. Dentro de un momento dejarás de sentir ese insoportable dolor.

En efecto, minutos después el enfermo se había serenado y al fin volvió a dormirse profundamente.

Sólo entonces pudo Lorna dedicar su atención al brazo amputado del ingeniero Toney.

Palideció al comprobar que, bajo el vendaje, la piel aparecía brillante, hinchada, de un espeluznante color azul sucio.

«¡Dios mío, la infección sigue ahí, de todas formas!», pensó alarmada.

¿Qué podía hacer?

Los antibióticos, inyectados a dosis masivas, no habían surtido el menor efecto. Por otra parte, la amputación de la mano afectada se había demostrado tan ineficaz como las inyecciones...

«Sería demasiado cruel cortarle el brazo por debajo del hombro —pensó, nerviosa—. Pero ¿qué otra cosa se puede hacer, en estas circunstancias?»

Súbitamente sus ojos destellaron.

«Es preciso informar a Pollard, conseguir que los mecánicos reparen las bombas de alimentación cuanto antes y escapar de aquí: es urgente trasladar a este pobre hombre a un hospital especializado», decidió, reflexiva pero tensa.

Salió al pasillo y tropezó con Bill Starkey.

—¿Dónde está Pollard? —consultó.

—¿El comandante? Le he visto hace unos minutos, fuera. Se encontraba bajo el fuselaje, ayudando a los mecánicos en la reparación del tren de aterrizaje —respondió el profesor.

Loma corrió pasillo adelante, atravesó la sección del pasaje y se asomó al exterior.

En aquel momento, Pollard y Larkins traían a Joe Richards sobre un asiento extendido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la doctora, estupefacta.

—Se desmayó de improviso, cuando estábamos colocando un amortiguador nuevo —respondió el comandante—. Ha trabajado muy duro, sin tomarse apenas descanso. Supongo que su desvanecimiento se debe a la fatiga.

Loma se inclinó sobre el hombre y le examinó durante unos segundos. Palpó su frente, le tomó el pulso y se incorporó.

Parecía muy pálida y conturbada.

—Mucho me temo que no se trate de simple agotamiento —dijo—. Tiene fiebre altísima, está pálido y demacrado...

—¿Entonces...?

—Llévenle a una de las cabinas individuales, por favor —respondió.

Ya en el angosto recinto, Lorna examinó las manos de Joe, sin encontrar nada sospechoso. No había heridas, ni siquiera rasguños.

Ya se disponía a ordenar que le desnudasen completamente, cuando reparó en una de las botas de Joe: la izquierda presentaba un

corte de cinco centímetros a la altura de los cordones.

Dejándose llevar por la intuición, desanudó cuidadosamente los cordones y trató de sacar la bota, pero estaba tan ajustada que Larkins hubo de ayudarla.

Cuando al fin lograron extraer el calzado, comprendieron la razón de la dificultad: el pie izquierdo de Joe estaba completamente hinchado, negruzco hasta el empeine.

Justamente a la altura del corte en el cuero de la bota, el pie presentaba una herida de poca consideración en el borde izquierdo.

—¡Es el mismo mal que padece Toney! —exclamó Lorna, completamente desmoralizada.

—¿Está segura? —murmuró Pollard, impresionado a su pesar.

—¿Cómo quiere que se lo haga comprender? ¿Pretende que se lo jure sobre la Biblia? —gritó la joven doctora, trastornada—. ¡Es esa ciénaga pestilente! Basta una pequeña herida, un pequeño rasguño y un momentáneo contacto con las aguas pútridas, para que la infección se propague inmediatamente.

Jadeó, apoyó sus manos en la cintura y miró alternativamente a Larkins y al comandante Pollard.

—¿Cuánto tiempo hace que Joe se hizo esa herida? —preguntó.

Pollard miró a Larkins y el mecánico se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Joe no se quejó ni hizo la menor alusión a ninguna herida. Desde luego, tuvo que subirse esta mañana al tren de aterrizaje para desmontar el amortiguador inservible. Allí hay bordes cortantes. Quizá ni siquiera advirtió ese corte en el calzado y en su propia piel. Y, si sintió dolor, imagino que no le dio la menor importancia. No le molestaría demasiado cuando no recurrió a usted para pedirle que le curase —explicó Larkins.

—Eso me temo. Y ahora, Dios quiera que no sea demasiado tarde. Lo siento de veras, pero no creo que tengamos otra alternativa que amputarle el pie —pronunció la doctora Fynes.

El rostro de Larkins cambió de color y Pollard murmuró algo ininteligible.

—Pero antes de ocuparme de Joe, permítame unas pocas palabras, comandante.

—Diga.

—Le aconsejo que reúna a toda la tripulación y pasajeros y les explique claramente la peligrosidad de esa ciénaga sobre la que cayó nuestra aeronave. Es preciso que se convenzan que cualquier herida, por minúscula que sea, se infectará en contacto con esas aguas. Impida que salgan los que nada tengan que hacer fuera, utilicen botas altas y resistentes los que tengan que trabajar en el exterior y usen también la ropa adecuada para evitar arañazos. Si no toman estas precauciones, me temo que Joe Richards no será la última víctima…

A continuación, Lorna explicó al comandante el gravísimo estado de Gordon Toney y finalmente dijo:

—Es desesperadamente urgente que arreglen la avería de las bombas. Sería más sensato que olvidasen la reparación del tren de aterrizaje y hagan todo lo posible porque podamos escapar de este asqueroso lugar. Si Toney y Richards no son hospitalizados en el plazo más corto posible, temo que yo no pueda hacer demasiado por ellos.

Pollard carraspeó, embarazado.

Parecía un tanto irritado por el tono determinante que doctora Fynes había puesto en sus palabras.

—Lo que usted me pide no es tan fácil —respondió con frialdad—. Todavía ignora una cosa, doctora Fynes.

—¿A qué se refiere?

—El *Airmaster* se está hundiendo lentamente en la ciénaga. Esa fue la razón de que nos dedicáramos en primer lugar a trabajar en el tren de aterrizaje. En cuanto las ruedas se hayan hundido completamente en el lodo, el avión quedará atrapado en este cenagal.

Lorna se mordió los labios hasta dejarlos exangües.

—Pues bien: a usted le toca decidir. Si arreglan la avería del sistema de alimentación, es posible que la aeronave posea potencia suficiente para elevarse, aunque sea arrastrándonos sobre el lodo. Pero si siguen dedicados al tren de aterrizaje es posible que nunca logremos salir de este infierno. Y ahora, por favor, salgan de aquí y permítanme trabajar: debo amputar el pie izquierdo a Joe Richards —pronunció, temblorosa y descoloridas las facciones.

* * *

Durante todo el día, Lorna se debatió en la sorda lucha que

mantenía consigo misma

Gordon Toney cada vez se encontraba peor. La hinchazón azulada había ascendido desde su muñeca hasta cerca del codo. Mientras permanecía amodorrado bajo los efectos de la morfina, el ingeniero se mostraba tranquilo pero cuando la acción de la droga terminaba, el infeliz Gordon se debatía en un infierno de dolores, espasmos y alaridos que le obligaban a enronquecer.

El dilema en que se debatía la doctora Fynes era éste

¿Debo amputarle el brazo o esperar?

Por supuesto, una nueva amputación dejaría extremadamente debilitado al enfermo. Y, por otra parte, Loma estaba en posesión de una experiencia terrible: la anterior amputación de la mano no había servido para detener la enfermedad.

Según sospechaba, era la sangre del ingeniero la que estaba infectada. Si pudieran trasladarle a un hospital dotado de suficientes adelantos técnicos, los especialistas podrían renovarle la sangre por completo a Toney. Regenerada ésta, quizá el enfermo tuviera alguna esperanza de salvación, pero a bordo la doctora Fynes carecía del equipo y la sangre necesarios.

Había gastado ya en Toney varias bolsas de plasma sanguíneo y numerosas botellas de suero. Pero la enfermedad progresaba irrefrenablemente, devorándole el brazo derecho. En cuanto a Joe Richards, tras serle amputado el pie izquierdo, descansaba bajo los efectos de los antibióticos y la morfina.

Lamentablemente, Lorna no tenía esperanzas. Aún no hada media hora que inspeccionara su pierna bajo el vendaje y había comprobado cómo comenzaba a azulear la piel por los bordes de la amputación.

¿Qué era lo que quedaba por hacer? ¿Ir cortando a trocitos a aquel par de infelices hasta agotar por completo la esperanza…?

«Es curioso —reparó súbitamente—. Me he olvidado enteramente de que mi objetivo al enrolarme en esta misión no era otro que matar a Rusel Pollard.»

Ciertamente, no había descansado un momento desde que el *Airmaster* descendiera sobre aquella rara isla ignorada del océano Glacial del Sur.

Hacia las nueve de la noche, Lorna se decidió.

Preguntó por el comandante y le dijeron que se encontraba en la carlinga de navegación, con el profesor Starkey y los demás miembros de la tripulación.

Llamó a la puerta de la carlinga con los nudillos, pero la empujó, impaciente, antes de oír la voz que la autorizaba a entrar.

Pollard, Starkey, Brown y el operador Glesson estaban inclinados sobre los mapas que había en una mesita plegable.

Al oír el rumor de la puerta, todos alzaron vivamente la mirada y se la quedaron mirando.

—¿Sí, doctora Fynes? —exclamó el comandante, inexpresivo.

—Creo que hemos llegado a una situación límite, señor —declaró.

—¿Qué quiere decir? —respondió Pollard, entornado los párpados.

—Que la misión ha fracasado, que Toney y Richards morirán inexorablemente si no reciben urgente asistencia medica en un hospital. Y a mí, personalmente, me parece demasiado cruel que los dejemos morir aquí, cuando a unas ochocientas millas de distancia, en Australia, disponen de magníficos modernísimos hospitales.

Pollard alzó una mano para fijar su atención.

—Cierre la puerta por dentro y acérquese, por favor —susurró con voz queda y confidencial.

Intrigada, Lorna hizo lo que el comandante le pedía.

—¿Qué es lo que tiene que decirme? —exclamó luego, impaciente.

—Le ruego que baje la voz. No queremos alarmar a nuestros compañeros inútilmente — pidió Pollard.

Lorna parpadeó, inquieta.

—Está bien. ¿Qué es lo que pretenden mantener en secreto? Tienen ustedes todo el aspecto de un grupo de conspiradores —expresó, esforzándose en controlar adecuadamente el tono de su voz.

—Dígaselo, Tony —pidió el comandante al operador de telecomunicaciones.

—Verá, Lorna: disponemos de un modernísimo aparato capaz de medir cualquier distancia a partir de emisiones de radio —explicó Tony Glesson—. Nuestro fonocaptor recoge ondas de radio y mide la

distancia en millas que nos sepan de la emisora que lanza tales emisiones, ¿comprende?

Lorna asintió.

—Siga, por favor.

—Pues bien: anoche captamos Radio Albany, que está al suroeste del continente australiano. La distancia que separaba el *Airmaster*, posado sobre esta isla, era exactamente de ochocientas treinta millas. —Glesson hizo una pausa, alzó la mirada hacia la doctora Fynes y añadió con voz pausada—: Esta noche hemos vuelto a oír Radio Albany. Pero nuestro emisor de distancia dice que nos encontramos a novecientas cincuenta millas de allí.

CAPITULO V

Lorna se impacientó.

—¡No entiendo una palabra! —exclamó, desconcertada—: ¿Quieren decir que esta isla *flota a la deriva en el océano*?

Nadie contestó, en uno u otro sentido.

—¡Eso sería absurdo! Su aparatito, Glesson, debe haberse descompuesto. Es la única explicación —añadió.

Tony movió la cabeza en sentido negativo.

—Eso mismo creía el comandante. Pero he desmontado el conjunto ante estas personas, he comprobado cada elemento con paciencia, incluso los he adaptado a otros aparatos y funcionan perfectamente. He vuelto a montarlo todo, hemos conectado la radio de nuevo y sintonizado Radio Albany. El resultado es idéntico: el medidor dice que nos estamos alejando de Australia, en dirección sur. Por otra parte, la temperatura ha descendido desde ayer ostensiblemente. Todo lo cual indica que nos estamos desplazando hacia el Antártico

Lorna iba a decir algo, cuando se incorporó vivamente

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—¿Qué ha sido qué? — respondió Tony.

—He oído algo. Una especie de flag-flag que provenía de! exterior. Como... como si un animal muy corpulento chapoteara en la ciénaga.

Pollard pidió a todos que guardasen silencio durante uno: instantes.

En efecto: en seguida volvió a oírse el extraño sonido que la doctora Fynes había sido la primera en percibir.

—Tiene razón —susurró Douglas Brown—. Hay alguien..., algo, ahí fuera.

—Apaguen la luz — indicó el comandante.

Brown alzó un brazo y quedaron en tinieblas. Al hacerse la oscuridad, vieron que las aguas de la ciénaga emanaban un leve fulgor lechoso, como la luminosidad producida por el fósforo.

Fuera, seguía resonando aquel inquietante y sordo flag-flag, pero ninguna de las cinco personas que permanecían en la carlinga pudo ver nada en el exterior.

—¿Qué diablos será? —murmuró el inquieto Tony Glesson.

—A juzgar por el estrépito que produce, yo diría que se trata de un hipopótamo u otro paquidermo de gran peso y volumen considerable... ¡Escuchen! —pidió el profesor Starkey.

Contuvieron la respiración y aguzaron los oídos, envueltos por la oscuridad.

El chapoteo cada vez se aproximaba más. Aunque el aislamiento acústico impedía normalmente escuchar los ruidos exteriores en la carlinga, Douglas Brown había abierto una trampilla de aireación, a través de la cual llegaba el insólito rumor.

—Veamos — susurró Pollard.

Se aproximó al puesto del piloto y accionó los potentes faros de proa.

Inmediatamente la ciénaga quedó inundada de luz.

—¡Allí, allí! —exclamó Glesson, con gran agitación.

Y señaló un punto entre los árboles y lianas, situado a unos veinte metros de distancia, a la izquierda del afilado morro del *Airmaster*.

Una forma redondeada y voluminosa emergía parcialmente del lodazal. La luz daba de lleno sobre aquel cuerpo hinchado, de unos tres metros de longitud, por más de dos de anchura, completamente cubierto de lodo.

Su piel brillante a la luz de los focos y su cuerpo se hundía en el fango. Volvía a emerger y producía un desagradable y continuo borboteo.—Tiene usted razón, profesor —dijo Brown—. Yo diría que se trata de un gran paquidermo. Aunque... ¡Es extraño, no se le ve la cabeza! Ni siquiera esas pequeñas orejas de los hipopótamos.

—Sin embargo, no suele haber paquidermos en esta parte del mundo —observó Bill Starkey, perplejo—. Pero tal vez...

De repente, aquella masa grisácea se movió hacia adelante con increíble facilidad, onduló sobre el cenagal elevando surtidores de agua pútrida y... desapareció en las profundidades

Aun cuando continuaron observando el exterior durante largos minutos, no volvieron a ver el animal ni detectaron sonido alguno.

Finalmente, el comandante Pollard apagó los faros y encendió la luz de la carlinga. Y todos se miraron entre sí, admirados.

—Un incidente insólito —comentó el profesor Starkey.

—Cambiemos de tema, por favor —propuso Rusel Pollard—. Dígame una cosa, profesor ¿cree que puede darse el caso de una isla flotante?

Lorna se admiró de que un hombre tan fríamente exacto y cerebral como el comandante formulara una pregunta tan absurda.

Pero ninguno de los demás circunstantes parecía extrañado por el interrogante planteado por Pollard.

—Yo he visto verdaderas islas flotantes — declaró Starkey, tras reflexionar un instante—. Suelen formarse en los grandes ríos de nuestro país, y también en África y Sudamérica, sobre todo en los ríos que atraviesan amplias extensiones selváticas. Materias flotantes a la deriva, como troncos, ramas, bambúes, bejucos y matas de poco peso, se aúnan y forman un conglomerado flotante sobre el que suelen crecer otras plantas. Muchas veces se puede permanecer perfectamente sobre estas islas, sin temor a hundirse.

El profesor se pasó una mano por los secos labios y añadió:

—Pero la existencia de esas islas flotantes es efímera como tales, pues finalmente encallan en los bancos de arena o en las orillas. Las raíces de los arbustos y matas se agarran firmemente a tierra, a la arena, y entran a formar parte de una verdadera isla o se afianzan en las orillas. Quiero decir dejan de flotar, puesto que quedan asentadas sobre tierra firme.

Pollard se alisó los rubios cabellos con un ademán de impaciencia.

—Entonces... si esto no es una isla flotante, ¿cómo el medidor de distancias indica que nos estamos alejando de Australia? — planteó.

Starkey no supo qué contestar. Y la pregunta quedó flotando en el ambiente, llevando a todos un sentimiento de inquietud.

De pronto, pareció que Starkey fuera a decir algo.

—¿Sí, profesor? —le instó el comandante con ansiedad.

—Nada. Lo que iba a decir es demasiado inconcreto, absurdo —respondió Starkey, desorientado.

En aquel instante llamaron perentoriamente a la puerta.

Fue el mismo Pollard quien fue a abrir.

En la puerta estaba Norah Wong.

Su alterada faz era anuncio de alguna mala noticia, según calculó la doctora Fynes. Y no se equivocaba.

—Lo siento —balbuceó—. Siento interrumpirles, pero Gordon Toney acaba de morir —anunció.

* * *

—Hay que enterrarle cuanto antes.

Larkins pateó el piso, nervioso.

—¿Sí? Pero ¿dónde? —exclamó desesperado—. No vamos a arrojarle a la ciénaga, ¡sería un acto de impiedad, sería...!

Se pasó ambas manos por el rostro con violencia y se volvió hacia el comandante.

—Usted debe decidirlo. ¿Dónde enterraremos a nuestro camarada muerto? La ciénaga es demasiado extensa. En realidad, ni siquiera sabemos dónde termina, pues la espesura vegetal y esa niebla hedionda que siempre flota sobre el agua impiden ver el confín del lodazal. ¿Vamos a chapotear en esas aguas podridas? Nadie querrá exponerse a morir supongo.

—Calma, Larkins. Tenemos las balsas-refugio. Son neumáticas, autohinchables y tienen capacidad para diez personas Por lo demás, son lo suficientemente resistentes para que no arriesguemos a cruzar la ciénaga en una de ellas —explicó e comandante.

Hizo una pausa, paseó su mirada sobre los presentes especificó:

—No pienso exigir a nadie que abandone el *Airmaster*. De modo que los que se presten a ello voluntariamente, deben decirlo ahora. Bastará con que alcen una mano.

Cinco brazos se elevaron inmediatamente, dos de los cuales pertenecían a otras tantas mujeres de color: la doctora Fynes y Jane Baselman, profesora de Botánica en una ciudad del Oeste.

Los voluntarios restantes eran «Red» Larkins, Tony Glesson y el meteorólogo Lyon Shute.

—Yo también iré con ustedes —declaró el comandante— Y dio instrucciones al grupo para que fuera botada la balsa neumática a las pestilentes aguas.

Sacaron el cadáver de Gordon Toney de la cabina que le había servido de cámara mortuoria. El cadáver había sido cuidadosamente amortajado y envuelto en una resistente bolsa impermeable.

Ya se disponían a hacerlo descender hasta la balsa, cuan do Bill Starkey les detuvo.

—Por favor, recemos una oración —pidió. Y los hombres dejaron el cadáver sobre el piso de la sección de pasajeros.

Una oleada de emoción y de inquietud recorrió al grupo de personas que rodeaban el cuerpo de Gordon Toney

Starkey comenzó a rezar el padrenuestro y todos le corearon con voz baja y emocionada.

—Bájenlo — ordenó Pollard, terminada la oración.

Depositado el cadáver en la balsa redonda, seis personas descendieron una por una la escalera, cuya parte inferior se hundía en las sucias aguas.

Larkins y Shute, inclinados sobre bordes opuestos, comenzaron a remar acompasadamente con los livianos remos de aluminio.

Escogían cuidadosamente el camino a través de los árboles y los ondulantes bancos de niebla se desplazaban lentamente ante el empuje de la improvisada nave.

Lorna contemplaba, fascinada, los árboles y las plantas acuáticas que crecían en la laguna.

No pudo reconocer una sola especie vegetal en cuanto abarcaba su vista. Aquellos árboles de troncos tortuosos y raras ramosidades, no debían existir en otro lugar de la tierra que no fuera aquella isla.

Nada turbaba el silencio, excepto el chapoteo de los remos al hundirse en las densas aguas del lodazal.

«Inquietante ambiente el que nos rodea», pensó Lorna, sobrecogida.

En aquel momento recordó el insólito incidente de la noche

anterior, la aparición de aquel voluminoso animal grisáceo que se movía, chapoteaba y borboteaba en las malolientes aguas de la ciénaga.

¿Se trataría verdaderamente de un paquidermo, de un animal común y corriente o… de otra cosa?

No quiso seguir pensando en ello. La intranquilizaba imaginar que aquel bicho pudiera aparecer de repente, acometer la balsa y arrojarlos a todos a la ciénaga.

Shute y Larkins seguían un ancho canal entre los troncos de los árboles. Pero no vislumbraban tierra firme en ninguna dirección.

El avance, lento y zigzagueante, duró algo más de media hora.

De repente, Larkins señaló una mancha oscura a la izquierda.

—¡Allí! —exclamó—. ¡Eso parecen unas rocas!

La balsa avanzó despacio hacia aquella especie de promontorio, en cuya base se espesaba la niebla repugnante.

Minutos después, la balsa tocó aquella masa negruzca.

Larkins saltó a tierra ágilmente y sujetó la embarcación con un cabo.

Elevaron el cadáver de Gordon Toney y lo sacaron de la balsa. Luego todos fueron saltando a tierra, ayudándose los unos a los otros.

Pollard palpaba, desconcertado, el borde de una de aquellas rocas negras.

—¡Extraño lugar este! —exclamó—. Aguas putrefactas, vegetación a base de raras especies desconocidas, pedruscos negruzcos y livianos, gases nauseabundos…

John «Red» Larkins empuñó un pico y gruñó:

—Terminemos cuanto antes. Este no es el mejor lugar del mundo, para mi gusto.

Escarbó en la tierra húmeda, negra, parecida al humus vegetal.

—Tenga cuidado, John —le recomendó la doctora Fynes—, Procure no herirse.

Los hombres se turnaron sin descanso en la tarea de profundizar la

fosa. Cuando el hoyo hubo alcanzado una profundidad superior a un metro, descendieron el cuerpo del ingeniero.

—Siento mucho que Toney deba descansar para siempre en esta tierra hostil —pronunció Pollard—. Pero no queda más solución que enterrarlo. Que Dios tenga misericordia de él.

Fue el primero en tomar una paletada de humus y arrojarlo a la tumba. Tres él, hombres y mujeres repitieron aquel fúnebre rito.

Más tarde, cuando el hoyo estuvo cubierto, Larkins se empeñó en cortar unas ramas con las que formar una rústica cruz.

Atacó un árbol delgado con la parte más cortante de la herramienta, pero súbitamente retrocedió, asustado.

—Pero ¿qué ocurre? — gritó Shute, perplejo.

—¡Ese árbol! —chilló el mecánico—. ¡Arroja una especie de pasta pegajosa a través del corte que he hecho en su tronco...!

Se aproximaron todos, llenos de curiosidad, y comprobaron que Larkins decía la verdad.

Allí donde el acero había profundizado en el tronco, brotaba un grueso hilo de pasta densa, de color marrón claro.

—Un árbol verdaderamente exótico —opinó Lyon Shute—, Debe tratarse de una especie parecida al árbol del caucho.

—Es posible —aceptó Pollard—. Pero lo mejor es que se olvide de esa cruz, Larkins. ¿Por qué no clava el pico en la tumba de Toney? Al fin y al cabo, viene a ser una cruz, aunque rudimentaria

Larkins hizo lo que el comandante le proponía. Ya se disponían a volver a la balsa, cuando Douglas Brown susurró:

—¡Es fascinante! ¡Miren hacia allá!

Señalaba hacia la espesura, a través de la cual se divisaba un cambiante y exótico fulgor irisado.

—¿Qué es eso? — preguntó Lorna, estupefacta.

—No lo sé —repuso el copiloto—. Pero no me negaréis que es un fenómeno bellísimo...

En efecto. Al parecer, la niebla servía de tamiz a los rayos del sol y provocaba un hermosísimo espectáculo luminoso. Aparecía un

resplandor amarillento, muy vivo, que iba cambiando a anaranjado, rojo, violeta, azul, verde… Y nuevamente amarillo-dorado, naranja, rojo… y vuelta a empezar.

Maravillados, contemplaron durante varios minutos aquel raro fenómeno, cuya naturaleza nadie acertó a establecer.

—¡Vayamos hacia allá! —propuso Douglas Brown—, ¡Averigüemos de qué se trata!

—Pollard vaciló.

Pero al fin se decidió, pues se sentía tan intrigado como los demás.

—Está bien, pero caminemos con precaución. No me fío mucho de este lugar, podría haber arenas movedizas. Avancemos en fila india, asegurándonos que ponemos los pies sobre algo sólido —aconsejó.

Brown avanzó en primer lugar, seguido de Jane Baselman, Pollard, Larkins, la doctora Fynes y Lyon Shute, que cerraba la marcha.

Observaron un fenómeno misterioso: el resplandor luminoso parecía alejarse a medida que iban aproximándose al punto donde habían visto el fulgor cambiante.

Así, caminaron largo trecho sobre el húmedo mantillo y la rara vegetación que crecía a ras del suelo.

La selva se volvía a cada momento más y más espesa, impenetrable.

Finalmente, Pollard decidió que la exploración debía darse por terminada, pues el avance cada vez se volvía más dificultoso, debido a la densidad de la jungla.

Brown dejó escapar una exclamación de decepción. De todas formas, el fenómeno parecía hacer cesado, pues el resplandor se iba atenuando paulatinamente.

Acababa de detenerse el grupo y se volvían ya, cuando Lorna exclamó:

—¿Dónde está Jane?

Los componentes del grupo se miraron entre sí, alarmados.

Fue entonces cuando comprobaron que Jane Baselman había desaparecido.

CAPITULO VI

Pollard se enfureció.

—Nos hemos comportado de forma temeraria e irresponsable —rezongó—. Una vez enterrado Toney, debimos volver a la balsa y regresar al *Airmaster*.

Pero no era el momento más adecuado para hacer reconvenciones. Y juzgándolo así, Pollard calló.

«¿Dónde estará?», se preguntó Lorna, alarmada.

Brown se volvió hacia ella.

—¡No lo comprendo! Caminaba en pos de mí. Y de repente... ¡zas!, ha desaparecido. Naturalmente, la senda es demasiado estrecha y la vegetación muy densa. Ella parecía fascinada por esta extraña vegetación y se detenía a cada momento a estudiar las plantas. Quizá eligió otro camino.

—Demos la vuelta —indicó el comandante—. Y, por el amor de Dios, que nadie pierda de vista a los que tengan más próximos. No nos separemos. ¡En marcha!

Fue él precisamente quien avanzó en primer lugar. Avizoraba el suelo, tratando de encontrar las huellas de sus propias pisadas, para orientarse, pero al poco rato se vio forzado a detenerse.

—Creo que nos hemos extraviado —anunció.

Se detuvo el grupo. Silenciosos, apagado el entusiasmo anterior, la inquietud se había apoderado de todos.

La luz era exigua, cernida. Y la bruma había descendido desde las espesas copas de los exóticos árboles que arrojaban una pasta oscura en lugar de savia, como sería lógico.

—Retrocedamos un poco —propuso Pollard, perdida su fría serenidad habitual—. Ojalá reencontremos el camino correcto.

No era fácil. Se veían obligados a apartar las ramas para avanzar. Los arbustos verdes, que exhalaban un penetrante y exótico aroma, volvían a cerrarse sobre sí mismos, borrando el sendero de forma impenetrable.

Tras avanzar a través de la masa verde en distintos sentidos, comprendieron lo inevitable: definitivamente se habían extraviado.

—¡Esta maldita niebla...! —barbotó Larkins, enfurecido.

Tenía razón. La niebla, tan densa que apenas permitía ver a unos metros de distancia, suponía un obstáculo más a la hora de orientarse.

Se detuvieron en un angosto claro.

Lorna, nerviosa, sacó un cigarrillo, lo encendió y arrojó la cerilla al suelo. Instantáneamente, una lengua de fuego azulado se extendió a ras de tierra.

Lorna lanzó un grito de pánico.

Pero Shute la tomó en sus brazos y trató de tranquilizarla.

—Cálmese, no es nada —dijo—. Hay gas a flor de tierra. Gas metano. Pero no es lo suficientemente rico para prender fuego a esta selva húmeda.

—De todas formas, lo mejor será que no fume —le advirtió Pollard, con severidad.

Lorna lanzó el cigarrillo al suelo y lo pisoteó, furiosa.

—Ah, ¿sí? Muy bien, no fumaré. Pero su obligación, comandante, es sacarme de este embrollo —damò.

Ya se disponía a contestar Pollard, cuando Larkins alzó una mano.

¡Silencio! —demandó.

Prestaron atención.

Alguien corría velozmente a través de la espesura, a juzgar por el rumor de tallos y ramas tronchados.

—¡Jane! —musitó Lorna, esperanzada.

Bruscamente, todo sonido cesó.

Y en seguida, un alarido penetrante resonó dramáticamente en la jungla.

Sólo tardaron unos segundos en reaccionar. Aunque el miedo les paralizaba, un sentimiento de solidaridad les impulsó a averiguar lo ocurrido.

Desde luego, la persona que había gritado era precisamente Jane, de esto estaban seguros.

John «Red» Larkins señaló un punto en la espesura.

—Creo que sonó por ahí —indicó, jadeante—. Avancemos todos en línea recta, sin separarnos los unos de los otros.

Rusel Pollard abrió la marcha, manejando una pala para abrirse camino. Al destrozar las ramas, éstas excretaban aquella pasta pegajosa que se adhería fuertemente a sus vestidos.

Por fin, a través de las hojas vieron a Jane caída de bruces.

Tras apartar las últimas ramas, se encontraron al borde de una pequeña laguna —poco más que un charco— de aguas densas y verdosas.

Y Jane había caído de bruces en medio del charco.

Ya se disponía Larkins a chapotear a través de las verdosas aguas para rescatar a la joven, cuando Pollard le detuvo férreamente de un brazo.

—¡Suélteme! —chilló Red Larkins—. ¿Qué diablos se propone ahora, comandante? ¡Ella necesita de nuestra ayuda!

Pero Pollard no le soltó, a pesar de los violentos esfuerzos del mecánico por liberarse.

—No sea temerario, Larkins. ¡Miren el vapor que brota del cuerpo de Jane! —les hizo observar el comandante—. Es como un humo verdoso, ¿no es cierto? O mucho me equivoco, o ese charco no está formado por simples aguas corrompidas.

Larkins retrocedió de un brinco y se apartó del borde de la pequeña laguna.

—¡Es cierto! —exclamó—. Las ropas de Jane… ¡Están… están deshaciéndose!

Lorna adelantó un paso con cautela y miró ávidamente.

Jane Baselman flotaba boca abajo sobre aquel charco de escasa profundidad. El cuero de las botas se estaba deformando rápidamente, hasta arrugarse; sus pantalones téjanos se deshacían como mordidos por el ácido y sus cabellos, muy negros y rizados, formaban una pasta pegajosa sobre su cráneo.

En el aire se expandía, babeante, aquel humo verdoso nauseabundo.

—¡Dios todopoderoso! —gimió la doctora Fynes—, ¿Qué es eso?

Pollard respondió con voz ronca y áspera:

—No lo sabemos. Parece un fortísimo ácido… O, al menos, los efectos son idénticos.

—Pero ¡no podemos dejarla ahí, abandonada a su suerte! —protestó Lorna, aterrada, pero traspasada por compasión—. ¡Es preciso que hagamos algo por ella!

Sin embargo, nadie se movió.

Apiñados en un apretado grupo, todos contemplaban, paralizados, aquella escena de pesadilla.

Entretanto, el cuerpo inmóvil de Jane Baselman iba hundiéndose lentamente en aquel baño de verde líquido corrosivo

¿Hundiéndose o… fundiéndose?

Pedazos de su cazadora de cuero flotaban ya, disgregados sobre la superficie del líquido, y una parte de los cabellos de Jane se desprendió en aquel momento y dejó a la vista su cráneo mondo y enrojecido.

Lorna no fue capaz de seguir soportando más tiempo aquella horrorosa y dramática visión.

Exhaló un alarido de espanto y huyó locamente a través de las frondas.

Por fortuna, Pollard la vigilaba disimuladamente y corrió tras ella hasta alcanzarla.

La doctora Fynes se revolvió como una fiera.

—¡Déjeme, suélteme! —chilló, perdido por completo el control de sus nervios—. ¡Tengo que escapar de este infierno… como sea!

Estaba descompuesta, y Rusel Pollard hubo de sujetarla con todas sus fuerzas para dominarla.

Impotente, la doctora Fynes chillaba, se agitaba y maldecía. Luego, furiosa, alzó las manos convertidas en zarpas y arañó sañudamente las facciones del comandante.

Sin descomponerse, Pollard la sujetó con fuerza por el brazo derecho y la abofeteó con tal dureza, que la mujer rompió a llorar y se derrumbó entre sus brazos.

Poco después, los restantes componentes del grupo se reunían con ellos.

Paulatinamente, Lorna Fynes fue calmándose.

—Muy bien. Así. Respire profundamente. Ya pasó —susurraba Pollard a su oído, mientras la mantenía íntimamente abrazada.

Lorna alzó los llorosos ojos y vio correr la sangre por el rostro del comandante Pollard.

—¡Dios mío! —sollozó, conturbada—. ¡Le he destrozado la cara con mis uñas! ¡Y esas heridas pueden infectarse…!

Por primera vez, Lorna vio una débil sonrisa en los labios de Rusel Pollard.

—No te preocupes —la tuteó con naturalidad—. Cuando estemos a bordo del *Airmaster*, tú misma me curarás. Y ahora, esforcémonos todos en hallar el camino correcto.

La soltó y ella suspiró.

Luego dirigió una mirada por encima del hombro del hombre, hacia el lugar donde se encontraba la laguna de aguas corrosivas.

Pero Pollard la obligó a girar suavemente en sentido contrario.

—Nada podemos hacer ya por Jane —susurró con voz cálida—. Ya lo sé: ha corrido una suerte espeluznante, pero no somos nosotros los culpables. ¡Es esta maldita isla, este mundo inhóspito y hostil! En cuanto a Jane… Bien, imagino que vio algo que la asustó, echó a correr desorientada y… cayó a la laguna.

En ese momento, Larkins llamó su atención.

—¡Aquí, aquí! Se ven unas ramas tronchadas, huellas sobre la tierra húmeda… ¡Me parece que estamos en el buen camino! —anunció.

Una luz de esperanza animó los rostros de aquellas cinco personas.

—Vamos allá —decidió el comandante. Y recomendó—: Por lo que más quieran, tengan cuidado.

Avanzaron despacio, asegurándose antes de dar cada paso. En el ánimo de todos estaba la posibilidad de que existieran entre las frondas otros charcos de aguas corrosivas.

Al cabo de unos minutos, comenzaron a reconocer los parajes por

los que antes habían pasado.

Así, en apiñado grupo y en absoluto silencio, profundizaron en el camino de vuelta y finalmente se encontraron en la explanada contigua al promontorio a cuyo pie habían enterrado a Gordon Toney.

Pero cuando se acercaban, Larkins se detuvo, rígido y expectante.

—¡Ha desaparecido la herramienta que dejé clavada sobre el túmulo! —exclamó, profundamente desconcertado.

Se encontraban entonces a unos cuarenta metros de la tumba.

Avanzaron, perplejos, y advirtieron que el húmedo mantillo había sido removido profundamente.

Pollard se separó de la doctora Fynes y examinó aquellos montones de revuelto humus.

—No pretendo alarmaros —dijo—, pero me temo que…

—¿Qué? —exclamó Brown, pálido.

Rusel tomó la pala de manos de Larkins y comenzó a cavar frenéticamente.

Jadeaba y sudaba, pero seguía trabajando sin tomarse el menor respiro.

Quince minutos más tarde, sus sospechas se habían confirmado.

El cadáver de Gordon Toney había desaparecido.

CAPITULO VII

Durante unos minutos, todos permanecieron inmóviles y silenciosos.

Con actitud sombría, contemplaban la vacía fosa y se miraban entre sí, inquietos.

—¡Es... absurdo! —exclamó Lorna, finalmente—. ¿Quién podría tener interés en profanar la tumba de Gordon Toney?

Aquella pregunta, lejos de tranquilizar a sus compañeros, aumentó aún más su zozobra.

Pollard saltó fuera del hoyo y miró a su alrededor, tratando de perforar la bruma con sus ojos.

Douglas Brown susurró, de improviso:

—¿Y si esta isla estuviera habitada?

—¿Por qué no? —respondió Lorna Fynes, alzando exageradamente la voz—. La isla parece muy extensa. Si estuviera poblada, sus habitantes serían...

No se atrevió a pronunciar la palabra que pugnaba por salir de sus labios: *caníbales*.

Pero tampoco era necesario: la inquietud de que dieron muestras sus camaradas era indicio de que los pensamientos de los demás seguían idénticos derroteros.

Rusel respiró con fuerza.

—¡Vamos! Es urgente que volvamos al *Airmaster*, reparemos las averías y escapemos cuanto antes de este diabólico lugar — les animó.

Caminó hacia el promontorio rocoso y todos les siguieron, aunque algunos volvieron la cabeza y escrutaron, medrosos, las impenetrables frondas.

Larkins daba muestras de un estado de ánimo violento y colérico.

—¡No debimos abandonar la aeronave sin traer armas! —barbotaba, enojado—. Si tuviera un buen rifle entre mis manos, no dudaría ni un momento en buscar a los que robaron el cadáver.

Pollard se detuvo.

Loma se acercó a él y se asustó al ver sus facciones rígidas y

pálidas.

—¿Qué... qué ocurre, comandante? — inquirió.

Rusel señaló con un mudo ademán el borde del promontorio.

La balsa-refugio había desaparecido.

Douglas Brown llegó hasta ellos en una carrera. Y al comprobar la causa del estupor de Pollard y la doctora Fynes, exclamó desmoralizado:

—¡Dios nos asista!

Iba a decir algo más, pero calló bruscamente al comprobar la gravedad de la situación.

—¿Y ahora...? —planteó Larkins, gritando a pleno pulmón.

Inmóviles, contemplaron patéticamente la ciénaga.

En el silencio, se oyeron inquietantes borboteos, murmullos ahogados de las aguas entre los macizos de plantas acuáticas, susurros misteriosos e incomprensibles.

Todo eran conscientes de las dramáticas circunstancias que se veían obligados a afrontan habían perdido el único medio de alcanzar el protector cobijo que suponía el sólido *Airmaster*.

Porque imaginar que tendrían que echarse a las pútridas aguas para chapotear o nadar entre ellas, era superior a su resistencia emocional.

El comandante se volvió y dirigió una fugaz mirada hacia la fosa de donde había sido robado el cadáver de Gordon Toney.

Y dijo:

—Parece evidente que los profanadores de la tumba fueron los mismos que se apoderaron de nuestra embarcación.

Y añadió, reflexivo:

—Sí, hemos cometido el error de adentrarnos en la jungla, cuando debimos tomar todas las precauciones. No sólo debimos traer algunas armas, sino proveernos de un radiotransmisor con el que poder comunicarnos con nuestros camaradas del *Airmaster*. De todas formas, ¿quién podría sospechar que estuviéramos en peligro? Ahora ya sabemos a qué atenernos.

—¡Si pudiéramos fabricar una almadía...! —exclamó Lorna, esperanzada.

—Lo intentaremos, si no hay otra solución. Pero consideremos otra posibilidad: probablemente, nuestros camaradas vendrán a buscarnos al comprobar que tardamos demasiado en volver. La distancia hasta el *Airmaster*, en línea recta, no debe ser excesiva. Recordemos que tuvimos que describir un camino zigzagueante para llegar hasta aquí. Han transcurrido casi cuatro horas desde que botamos la balsa. Estoy seguro de que el profesor Starkey hará algo por nosotros —aventuró el comandante.

Las expresiones de sus compañeros se animaron, tras escucharle.

—¡Pues claro, naturalmente! —exclamó Lorna, recuperada la esperanza—. Es posible que hayan botado una balsa y estén buscándonos, y en ese caso, nosotros podríamos orientarles, gritando.

—Una buena idea —asintió Pollard—. Ahora, gritemos todos al unísono... ¡Ah, los del *Airmaster*!

Ya lo creo que gritaron. Hasta enronquecer.

Finalmente callaron, completamente agotados.

Pollard, que consultaba a intervalos su cronómetro, les animó a seguir gritando de cuando en cuando.

Pero hacia las cuatro de la tarde, todos se sentían afónicos, hambrientos, deshidratados y ateridos. La temperatura era muy desapacible y el aire corrompido les provocaba náuseas.

—¡No vendrán, no se atreverán! — chilló Larkins, de improviso.

Pero enmudeció cuando el comandante Pollard le dirigió una fría mirada de reconvención.

Volvían a gritar cada diez minutos, pero sus voces eran más débiles y roncas cada vez.

Hasta que de pronto, llegó aquel grito lejano:

—¡*Hey, comandante Pollard*...!

—¿Habéis oído? — chilló Red Larkins, súbitamente animado—. ¡Son ellos, nuestros camaradas! ¡No podían fallar!

—Gritemos ahora con todas nuestras fuerzas —propuso el comandante. Y él fue el primero en lanzar su vozarrón al viento.

Sin embargo, transcurrió un rato antes de que, entre la vegetación de la ciénaga, se viera avanzar lentamente una de las lanchas de salvamento.

Al cabo, la embarcación neumática se acercó y el profesor Starkey saltó a tierra. Detrás de él, lo hicieron Tony Glesson y Alexandre Baxter, la intendente de a bordo.

—¿Cómo es que tardaron tanto? —preguntó Bill Starkey, preocupado—. Temimos que hubieran sufrido algún accidente…

Se interrumpió bruscamente, paseó su mirada por los rostros de sus compañeros y demandó:

—¿Y Jane? ¿Dónde está Jane Baselman?

Rusel tragó saliva.

—Un accidente, un desgraciado accidente. Volvamos ahora a la nave. Allí se lo explicaremos con detalle.

—¿Volver? —se exaltó Starkey—. ¿Sin Jane? Pero ¿están locos? Si Jane se ha extraviado en este maldito lugar, no descansaré hasta…

—Jane está muerta —declaró Rusel Pollard.

Entonces el profesor Starkey se cubrió el rostro con las manos y prorrumpió en un desgarrador sollozo.

—¡Dios mío, no es posible! ¡Jane y yo…! —gimió, estremeciéndose de pies a cabeza.

No era preciso que Starkey explicase detalladamente sus sentimientos: era evidente que estaba enamorado de la infeliz Jane Baselman.

Íntimamente destrozado por el dolor, Starkey hubo de ser ayudado por Pollard y Lorna a subir a la balsa.

En cuanto estuvieron a bordo los demás, Larkins y Shute tomaron los remos y la embarcación se separó lentamente de las rocas negras.

Avanzaron muy despacio, conteniendo a duras penas el deseo de remar con fuerza para alcanzar cuanto antes la acogedora protección de la aeronave.

Pero el temor a extraviarse por los numerosos canales de la ciénaga era superior a su ansiedad por volver a bordo del *Airmaster*.

A pesar de que apenas tardaron unos veinte minutos en avistar la aeronave, la corta singladura se les antojó interminable.

Una vez a bordo, Bill Starkey fue llevado a una de las cabinas individuales y atendido solícitamente por la doctora Fynes, que se apresuró a inyectarle un fuerte sedante y permaneció velándole hasta que el profesor quedó profundamente dormido.

Lorna abandonaba la cabina, cuando Norah Wong la detuvo en el pasillo.

—¿Qué te ocurre, Norah?

—Es Mara McKell. No hace otra cosa que pronunciar horribles insultos y blasfemias —respondió la enfermera, enjugándose el sudor de su rostro con un pañuelo—. ¡Creo que estoy llegando al límite de mi resistencia...!

—¡Vamos, vamos! Así que dices que Mara McKell... ¡Pero si se trata de la mujer más discreta, elegante y refinada que he conocido en mi vida! —exclamó Lorna, dominada por el estupor.

Norah la miró fijamente.

—Supongo que aún no estás al tanto de lo que ocurrió aquí esta mañana, en cuanto os marchasteis para enterrar a Toney...

—¿Qué sucedió?

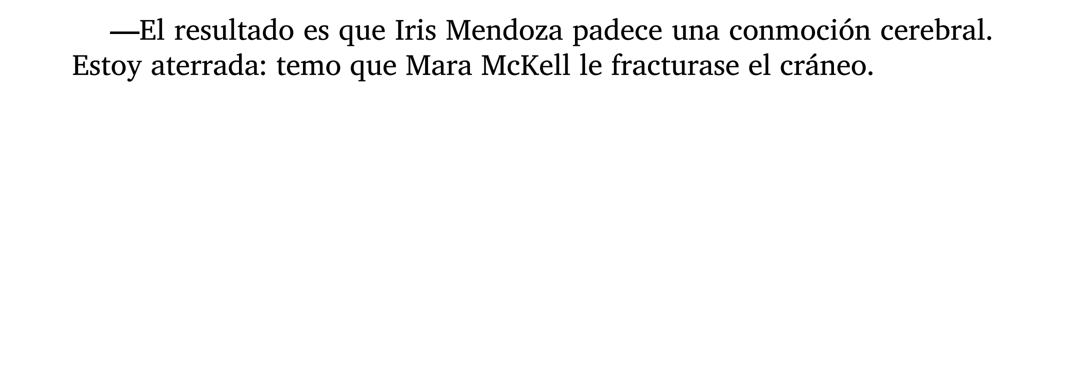
—Mara apareció de improviso ante nosotros, pronunciando frases obscenas, contoneándose lascivamente y... ¡completamente desnuda! —detalló la enfermera, pasándose una mano por los fatigados y enrojecidos párpados.

—¡No puedo creerlo! —exclamó la doctora Fynes, con la boca abierta—. ¿Quién podría imaginar una conducta semejante en una persona como Mara McKell...?

Norah jadeó, fatigada y rendida.

—Eso no es lo peor —repuso—. Cuando Iris Mendoza le recriminó su inadecuado y grosero comportamiento, Mara se arrojó sobre ella como una fiera y la golpeó en la cabeza, con una botella. No sé cómo pudimos reducirla, pues demostraba poseer una fuerza incalculable, pero al fin logramos sujetarla y la recluimos en una de las cabinas individuales.

Miró a la doctora Fynes muy acongojada, y añadió:



—El resultado es que Iris Mendoza padece una conmoción cerebral. Estoy aterrada: temo que Mara McKell le fracturase el cráneo.

CAPITULO VIII

Lorna se dejó caer, exhausta, sobre un asiento.

Junto a ella, Iris Mendoza ocupaba un lecho. La enfermera permanecía en absoluta inmovilidad.

Por fortuna, después de reconocerla escrupulosamente, la doctora Fynes había comprobado que Iris no sufría fractura de cráneo, aunque el botellazo que le asestara Mara McKell le había producido una gran brecha en el parietal izquierdo, herida que Norah había suturado magistralmente.

Pero el estado de la joven analista Iris Mendoza era grave. El shock la había privado de conocimiento y la reacción positiva tardaba demasiado en producirse.

Lorna sabía que ello podía ser un síntoma de que el cerebro de Iris había sido dañado.

Obsesionada, Lorna se preguntaba qué rara locura había alterado el equilibrio mental de Mara McKell, una deliciosa muchacha hawaiana, de exquisita educación y trato amable.

«*Apareció de improviso ante nosotros, gritando obscenidades, completamente desnuda…*»

¡Mara, que era el símbolo de la timidez y el pudor!

En ausencia de la doctora Fynes, la enfermera, auxiliada por otros expedicionarios, se habían visto obligados a reducirla por la fuerza, tras de lo cual la vistieron, le pusieron una camisa de fuerza y la inmovilizaron con cinturones y correas a una cama.

Las causas de la repentina locura de Mara estaban sin explicar. Cierto que la muerte de Gordon Toney, a quien admiraba, podía haberla perturbado. Pero ¿no sería más bien el maléfico influjo del ambiente que se respiraba en aquella insólita isla flotante…?

Como se sentía adormecida y vencida por el cansancio, Lorna se puso en pie para disipar el sopor que la invadía

Iris respiraba suave y rítmicamente, pero su rostro, de color aceitunado, grisáceo, permanecía absolutamente hierático, quieto, como si la muchacha estuviera muerta.

—¡Dios mío! ¿Qué nuevas adversidades nos esperan? —murmuró Lorna, desesperanzada.

Se diría que un espíritu maligno se hubiera apoderado de los destinos de las personas que viajaban a bordo del *Airmaster*.

Desde la inoportuna y dramática avería del sistema de alimentación de la aeronave, hasta el momento actual sólo habían ocurrido desgracias y accidentes inquietantes.

Ahora, sin ir más lejos, enloquecía misteriosamente Mara McKell, diplomada en ingeniería electrónica, la única persona a bordo capacitada para montar los elementos que harían posible la reparación de las bombas de alimentación.

Por lo demás, no cabía hacerse ilusiones: al regresar a la aeronave, Lorna había comprobado que el avión se hundía inexorablemente en la ciénaga.

Hasta tal punto que la parte inferior del pesado fuselaje se acercaba peligrosamente a la superficie de las oscuras y peligrosas aguas.

Unos días más de inmovilidad y las toberas de los reactores se anegarían… Y entonces toda esperanza se habría perdido, pues el *Airmaster* no podría salir de allí por sus propios medios.

Impulsada por este temor, Lorna decidió entrevistarse con el comandante.

La propuesta que pensaba hacer a Pollard era sensata: puesto que la misión en el Antártico parecía más que fracasada, la única solución era utilizar la radio para solicitar el rescate.

Esto no entrañaría demasiadas dificultades: Estados Unidos poseía bases a dos mil millas de distancia. Pero en último caso, bastaría pedir ayuda a la fuerza aérea australiana para obtener una respuesta inmediata.

Dadas las circunstancias, empeñarse en seguir manteniendo el secreto de la misión era estúpido e incluso temerario.

Lorna dirigió una última mirada a Iris Mendoza y abandonó la cabina.

Sus camaradas ocupaban la zona del pasaje. Nadie hablaba: silenciosos y sombríos, parecían inmersos en agoreros pensamientos.

Tampoco se habían reanudado los trabajos de reparación en el tren de aterrizaje, ni en las bombas.

Se diría que todos se entregaban de un modo fatalista a lo que

hubiera de sobrevenir. Lo cual indignaba íntimamente a la animosa Lorna Fynes, que no se dejaba abatir fácilmente por las más adversas circunstancias.

Como el comandante no se hallaba entre los demás, dedujo que lo hallaría en la carlinga, por lo que cruzó el pasillo y caminó hacia la proa del *Airmaster*.

Empujó la puerta y entró.

En efecto, Rusel Pollard y Tony Glesson se encontraban allí. Permanecían inclinados sobre los paneles del potente radiotransmisor de a bordo.

Rusel alzó la cabeza y la miró.

—Muy bien —dijo la joven sin más preámbulo—. Celebro que hayamos tenido la misma idea. No hay otra solución que pedir ayuda por radio. Urgentemente. No tenemos otra salida.

Rusel se incorporó.

Sus labios temblaron ligeramente.

—Sí, sería una buena solución —murmuró con voz opaca—. De no ser porque Glesson y yo acabamos de descubrir que alguien ha destrozado ese transmisor.

A Lorna, el alma se le vino materialmente a los pies.

—¿Que... la... han... destrozado? —tartamudeó, trémula de indignación.

—Así es —respondió Glesson, nervioso y excitado—. La han destrozado salvajemente, sistemáticamente. Han empleado una herramienta de acero y literalmente la han pulverizado. ¡Aquí no hay nada aprovechable! Pero, acérquese, doctora: podrá contemplarlo con sus propios ojos...

Lorna avanzó unos pasos y miró.

Vio fragmentos de cristales, diales arrancados y torcidos, cables deshilachados, elementos machacados... El destrozo parecía irreparable, pero aun así, Lorna se atrevió a preguntar:

—¿No hay solución, Tony?

Glesson se encogió de hombros. Parecía a punto de llorar.

—¡No lo sé! —exclamó, tembloroso—. Llevamos piezas y elementos electrónicos de repuesto, pero es posible que falte alguno. De todas formas, poner este caos en orden nos llevará varios días. ¡Esto es el final!

Su resistencia emocional cedió y Glesson ocultó el rostro entre las manos, completamente desalentado.

Lorna rodeó sus hombros con sus brazos y le acarició afectuosamente.

—¿Qué es eso, Tony? ¡Claro que sabrás reparar la radio! Vamos, vamos, tienes que sobreponerte al desaliento. Si nuestros cantaradas te vieran en este estado, perderían todas las esperanzas. Pero yo sé que vencerás la angustia y repararás la radio. ¡Estoy segura! —exclamó, con voz cálida y animosa.

—Lo... lo intentaré —balbuceó Glesson.

Poco a poco, fue recuperándose. Aunque sus manos temblaban aún, tomó sus herramientas y comenzó a desmontar el destrozado conjunto.

Lorna se separó unos pasos y se situó de espaldas.

Estaba haciendo un esfuerzo supremo para evitar lo que acababa de ocurrirle a Glesson: dejarse vencer por el desaliento.

Alguien la tocó por detrás.

—Lorna...

Se volvió.

Era el hombre al que había odiado a muerte, Rusel Pollard, quien la tomaba suavemente por los brazos.

—¿Qué?

—Comprendo tu estado de ánimo. Imagino que te sientes destrozada. Y te agradezco sinceramente que te esfuerces por mantenerte entera —pronunció Rusel en voz baja y confidencial.

La violenta reacción de la doctora Fynes le pilló de sorpresa.

—¡No tiene que agradecerme nada, comandante! Si me esfuerzo en mantener el control de mí misma, no se trata de un homenaje a usted, ni mucho menos. En realidad... respiró furiosa—. En realidad, yo le aborrezco, comandante.

Pollard retrocedió dos pasos, visiblemente impresionado.

—¿Me aborrece? —exclamó—. ¿Qué motivos tiene para odiarme?

Pero Lorna, despechada, le lanzó fríamente:

—No puedo seguir ocultándolo. ¡Sí, le odio! Le odio visceralmente, a muerte. Si me enrolé en esta descabellada aventura fue únicamente para tener la oportunidad de... de matarle.

Pollard se inmutó.

—¿Matarme? Pero ¿por qué? ¡Ni siquiera nos conocíamos antes de emprender esta misión...! — protestó.

Glesson había girado en su asiento y les contemplaba, estupefacto, mudo de asombro.

—Yo sí le conocía a usted, comandante Pollard —susurró Lorna, con voz silbante, contenida—. Le espié durante largas semanas, le seguí a todas partes... Desde el momento que descubrí que usted mató al hombre que yo amaba.

—¡Pero...! —acertó a exclamar Rusel, absolutamente desconcertado.

—¡Jackson Donegall! ¿No lo recuerda? —damò Lorna, descompuesta—. ¡Usted le mató! Todavía ignoro por qué... Consiguió hacer pasar por accidente lo que sólo fue un asesinato. Yo amaba a Jackson... —su voz se rompió y su pecho se estremeció en profundos y violentos sollozos.

Rusel intentó acercarse a ella. Glesson apenas daba crédito a lo que estaba escuchando. Había abandonado su trabajo y contemplaba, con los ojos desmesuradamente abiertos, la dramática y violenta escena.

—¡No se acerque! — chilló la doctora Fynes—, Su simple contacto me asquea... ¡Y sépalo desde ahora, comandante!

Le mataré... Vine aquí para eso y no me volveré atrás.

Sus ojos despedían chispas, la ira deformaba su rostro y sus finas manos se habían convertido en crispadas garras.

Rusel se mantuvo inmóvil, aguardando que se serenara.

Y dijo:

—Ahora empiezo a comprender...

—¿Luego admite que cometió un asesinato? —saltó Lorna, impetuosa.

—Usted está lamentablemente equivocada —respondió Rusel, inexpresivo—. Pero no voy a hablar de esto ahora.

—¡No me engañará, Pollard! —estalló la joven, rabiosa—. Lo que pretende es no confesar su crimen ante Tony Glesson.

—Eso me tiene sin cuidado —fue la desconcertante respuesta—. Sencillamente, ahora tengo que ocuparme de cosas más urgentes.

Y abandonó la carlinga.

Un momento después, la puerta tornó a abrirse.

Lorna, que imaginaba que Pollard regresaba, volvió a su actitud hiriente y crispada.

No era el comandante, sino la enfermera Norah Wong.

—Joe Richards acaba de morir, doctora Fynes —anunció concisamente.

CAPITULO IX

Al anochecer, Mara McKell comenzó a chillar.

Lorna estaba en la zona del pasaje cuando sus alaridos alteraron la quietud. Todos se volvieron en sus asientos, giraron el cuello y miraron, sobrecogidos, hacia el pasillo de las cabinas.

Como Norah estaba descansando, Lorna se puso en pie y acudió presurosa a la cabina que ocupaba Mara.

En cuanto empujó, la puerta, los gritos cesaron.

Lorna se quedó de una pieza: Mara sonreía encantadoramente.

Su actitud era insólita, si se tiene en cuenta que aquella misma tarde se había debatido en el paroxismo de la furia, profiriendo horribles blasfemias y lanzando a la propia doctora Fynes una serie de insultos incalificables.

Ahora, por el contrario, parecía relajada e incluso feliz.

¿A qué se debía tan desmesurado cambio?

«Evidentemente, a las drogas que le inyecté», caviló Lorna.

Y se aproximó al lecho donde Mara McKell permanecía sólidamente sujeta por la camisa de fuerza y las correas.

—¡Vaya! Veo que te sientes mucho mejor —apreció la doctora Lorna.

—Querida Lorna, me siento perfectamente —respondió la enferma, dirigiéndole una mirada insinuante—. Creo que lo mejor que puedes hacer es liberarme de estas correas.

Lorna la observó inquisitivamente.

—Antes, me gustaría charlar un momento contigo. Dimí una cosa, Mara: ¿fuiste tú quien destrozó la radio?

Los bellos ojos de la hawaiana se cubrieron de lágrimas.

—¡No lo sé! —gimió—, ¿Cómo puedo saberlo? Ni siquiera sé por qué me tenéis aquí, con una camisa de fuerza, atada como un ser salvaje, como una criminal…

Sollozó entrecortadamente. Gruesos lagrimones se desprendían de sus largas pestañas y resbalaban veloces por sus tersas mejillas.

A su pesar, Lorna se sintió traspasada por la compasión.

—Ten serenidad, Mara — pronunció, cariñosa—. Tú no eres culpable. Sufriste… un desequilibrio mental, te comportaste de una forma absurda, impropia de ti… Supongo que en el arrebato de la locura, destrozaste nuestro transmisor de radio…

—No fui yo quien lo hizo, ¡ahora lo recuerdo perfectamente! —respondió Mara.

—¿Quién fue, pues?

—Fue el profesor Starkey —acusó Mara, sorprendentemente—. Le sorprendí cuando estaba golpeando la radio con una pesada llave.

Lorna se negaba a creerlo.

—Explícamelo todo.

—Bien. Cuando vosotros os alejasteis en la balsa, advertí que el profesor penetraba en la carlinga de navegación. Mostraba un semblante ceñudo y sombrío… Por eso, cuando escuché aquel estrépito, temí que en un arrebato de desesperación cometiera una tontería. Al fin, me atreví a penetrar en la carlinga. ¡Parecía un poseso! Con los cabellos alborotados y los ojos arrojando chispas, golpeaba a diestro y siniestro con furia infinita. Al descubrirme, pronunció una palabrota, vino hacia mí y… ¡Dios mío!, creí que iba a matarme a golpes. Pero no hizo tal cosa. Me amenazó, me obligó a sentarme en el puesto del copiloto y me ató y amordazó. Salió de la cabina y volvió poco después. «¡No tengo otra solución!», farfulló. Y sentí un pinchazo en el brazo. Grité de dolor, pero un momento después debí desvanecerme. No sé lo que me ha ocurrido, pero recuerdo perfectamente que, antes de perder el conocimiento, Starkey, rezongó: «Al fin y al cabo, dentro de poco todos estaremos muertos.»

—¿Estás segura de que no has soñado todo eso? —inquirió la doctora Fynes, a quien el relato de Mara la había impresionado vivamente.

—¿Soñarlo? ¡Por supuesto que no! No tengo ninguna conciencia de lo que me ha ocurrido desde que el profesor Starkey me puso aquella inyección.

Suspiró profundamente, miró a Lorna a los ojos y exclamó:

—¿Quieres soltarme ahora?

Pero la doctora Fynes no se sentía muy segura.

—Tendrás que esperar algunas horas, querida —respondió pausadamente. Y añadió—: Compréndelo, podrías sufrir una recaída. Pero no temas: yo estaré cerca de ti y te cuidaré con toda dedicación.

Mara dejó escapar un gemido.

—¡No podré soportar la inactividad! No soy capaz de permanecer aquí horas y horas atada como un animal salvaje. ¡Te lo suplico, Lorna, suéltame! —imploró, tan sumisa como un bebé.

La doctora Fynes vaciló.

—¡Por favor! —insistía Mara—. Te juro que me encuentro bien, que haré cuanto tú dispongas.

Verdaderamente, ¿tenía derecho Lorna a mantener atada a aquella pobre muchacha… en las actuales circunstancias?

Miraba la Cándida expresión de Mara, contemplaba fijamente aquellos ojos grises claros, ingenuos e inocentes, que le miraban suplicantes, y finalmente se decidió:

—Está bien, te soltaré.

Se inclinó sobre el lecho y comenzó a desatar las correas.

De repente, escuchó aquel salvaje estertor. Alzó la cabeza y miró a Mara.

El rostro ingenuo y sumiso de la mujer se acababa de transformar diabólicamente. Sus facciones estaban ahora crispadas hasta deformar el bello rostro, sus dientes asomaban feroces y sus ojos grises expandían un fulgor satánico.

Se apartó de un salto, justamente a tiempo de evitar la dentellada que la mujer le dirigía al cuello.

Errada la tarascada, los dientes de Mara produjeron un espeluznante chirrido.

—¡Mara! —gritó la doctora, asustada, al tiempo que retrocedía y se situaba a distancia segura.

—¡Cerda pestosa! —gruñó entre dientes. Y la voz sonaba deformada por el odio, con insólitas resonancias guturales.

Fascinada por el cambio tan bruscamente experimentado en el rostro angelical de Mara McKell, Lorna fue incapaz de reaccionar de momento.

Las manos de la joven, convertidas en zarpas, se inclinaban sobre las correas que cruzaban su pecho y la inmovilizaban sobre el lecho.

Entretanto, insultos horribles y blasfemias sacrílegas seguían brotando de entre sus fauces, deformadas por un temblor epiléptico.

Por fortuna, Lorna reaccionó al fin.

Antes de que la loca criatura se soltase por completo, abrió un estuche, absorbió el contenido de una ampolla con la jeringuilla esterilizada, colocó la aguja y le inyectó en el brazo.

Mara aullaba, ruga, bramaba y chillaba como una posesa.

Desesperadamente, se estrujaba la zona del brazo donde Lorna acababa de inyectarle, en un decidido esfuerzo por extraer de su cuerpo la solución sedante.

—¡Me las pagarás, maldita perra! —gruñía, furiosa—. ¡Te mataré!

«Estoy segura de que me despedazaría, en su estado actual», pensó Lorna, demudada.

Mara babeaba.

Con los cabellos de punta, parecía la misma estampa de una maléfica diablesa.

Pero poco a poco, su ímpetu fue cediendo, sus gritos se debilitaron y sus brazos cayeron finalmente inertes a uno y otro costado. Luego, muy despacio, su cabeza cayó sobre la almohada y sus párpados se cerraron lentamente.

A pesar de ello, Lorna no se confió: acababa de descubrir a tiempo la capacidad de simulación que la locura prestaba a Mara.

Sólo cuando estuvo absolutamente segura de que la inyección había hecho su efecto, se acercó despacio al lecho y cuidadosamente ató sus brazos con muñequeras de cuero y nylon y se aseguró de que las demás correas estuvieran apretadas convenientemente.

Cuando se dejó caer sobre la silla contigua, sudaba.

Completamente extenuada, trató de relajarse y recuperar el ritmo respiratorio normal.

Los cabellos de Mara caían ahora lánguidamente sobre su rostro. Las facciones se iban distendiendo segundo a segundo y su respiración, aunque profunda, sonaba ahora más apacible.

«¿Cómo es posible...?», se preguntó Lorna, sobrecogida.

No lograba establecer qué tipo de locura padecía Mara McKell.

Sus síntomas coincidían con la esquizofrenia, la psicopatía, la neurastenia, la paranoia, pero no encajaba por completo en ninguno de tales tipos de desequilibrio mental.

En realidad, si Lorna Fynes no tuviera un espíritu analítico, científico y poco dado a supersticiones, hubiera aceptado que aquella pobre mujer estaba dominada por un espíritu infernal.

Porque —diabólicamente— había fingido debilidad y sumisión total, cuando sólo deseaba atacar, morder y arañar como una fiera.

Recordando aquel rictus animalesco de las facciones de Mara, Loma se estremeció de puro pánico.

Ahora, la doctora Fynes no sabía si tomar en cuenta las acusaciones de Mara —respecto al profesor Starkey— o relegarlas al olvido, como producto de la malévola fantasía de una demente.

Durante unos minutos, sintió que la duda la corroía, pero finalmente se impuso su sentido crítico: Starkey no tenía ningún motivo para destruir la radio, no disponía de ninguna droga capaz de provocar desvanecimiento o alteración de la psique en otra persona.

Pero, además, Bill Starkey es una de las personas más equilibradas que he conocido. De modo que la acusación de Mara es falsa, decidió.

Tras asegurarse una vez más de que Mara dormía profundamente, decidió abandonar la cabina y reunirse con los demás.

En la zona de pasaje, Sandra Baxter se esforzaba en servir una cena fría. Pero la mayoría de sus compañeros rehusaba las bandejas, sin ánimos para comer.

Tampoco Lorna tenía el menor apetito, pero consideraba que, de no ingerir alimentos, la fatiga la vencería. Así que tomó la bandeja que la solícita Sandra le trajo y se sentó junto a Lee Farrar, un joven de treinta años que poseía una gran experiencia en la prospección de yacimientos petrolíferos.

Lee la miró un momento, pero no despegó los labios. Masticaba, eso sí, con evidente apetito.

En realidad, era el único que comía. Lorna aún no había probado la cena, pero bebía a pequeños sorbos una botella de cerveza.

Súbitamente, Lee prorrumpió en una carcajada interminable.

Lorna le miró con estupor.

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia, Lee? —preguntó, preocupada.

Pero el joven arrojó la bandeja lejos de sí, se puso en pie de un salto e inesperadamente se puso a bailar y cantar en medio del pasillo.

Con los ojos cerrados, Lee se abrazaba a sí mismo dando la sensación de que se sentía satisfechísimo.

Al principio, nadie reaccionó ante aquella conducta desproporcionada —el cadáver de Joe Richards, amortajado, ocupaba una de las cabinas individuales—, pero finalmente fue su propio colega, el ingeniero de prospecciones Tace Billingham, quien se incorporó y le increpó con aspereza:

—¿No te da vergüenza, Lee? Estamos de luto y tú... ¡tú te pones a alborotar, a divertirte grotescamente!

Farrar se detuvo, rígido.

Abrió los párpados, miró a Tace y... de repente le echó las manos a la garganta y apretó con todas sus fuerzas.

—¡Yo no soy quien vosotros os imagináis, estúpidos! —bramó.

El rostro de Tace se tornó cerúleo primero y gris inmediatamente.

En aquel momento, la puerta de la carlinga se abrió y apareció Rusel Pollard.

—¡Deténgase, Lee! —gritó estentóreamente.

Si intervención salvó a Billingham de una muerte segura, pues Farrar le soltó inmediatamente.

—¡Ah, eres tú, cerdo extranjero! —barbotó Lee, destellantes los ojos febriles.

Y se volvió de un salto para encarar al comandante.

Rusel le contempló con estupor.

—Pero ¿qué le ocurre, Lee? —exclamó, desconcertado—. ¿Es que se ha emborrachado?

Los ojos de Farrar se entornaron. De por sí, Lee era un hombre

corpulento y musculoso, pero ahora parecía un titán indomable, con los hombros cuadrados, el cuello en tensión, las manos engarfiadas y los poderosos brazos avanzados hacia el comandante.

Loma, que observaba la escena, atónita, advirtió la semejanza de la transfiguración del guapo Lee Farrar y el paroxismo bestial operado en el rostro de Mara McKell, cuando intentara atacarla

Pero no tuvo tiempo de concentrarse en sus pensamientos, pues Lee profirió un gruñido animalesco y saltó sobre el comandante.

Pollard se apartó en el último momento. Frustrando su ataque, Lee cayó a tierra y el comandante se abatió sobre su espalda con todo su peso. Fulminantemente, le golpeó en el cuello varias veces, hasta que Lee produjo un bestial gorgoteo gutural y quedó exánime.

A cinco metros de distancia, Bill Starkey y Tom Hackett prestaban ayuda a Tace Billingham, que parecía preso de un colapso respiratorio.

Venciendo su inercia psíquica, Lorna Fynes corrió hacia Billingham, apartó a todos y le practicó la respiración artificial, consiguiendo recuperar al accidentado en pocos minutos. Tace presentaba en su cuello las amoratadas señales de las garras de Lee.

Entretanto, Rusel acababa de atar ambos brazos de Farrar a la espalda, sirviéndose de su propio cinturòn.

Jadeando con fuerza, se incorporó.

—¿Alguno de ustedes puede informarme acerca de lo sucedido aquí? — demandó.

Starkey se separó del círculo de los que rodeaban a Tace Billingham.

—¡Quién puede saberlo! —exclamó el profesor—. Lee estaba cenando tranquilamente, cuando sufrió una brusca mutación. Reía a carcajadas, cantaba, bailaba grotescamente. Cuando Tace le llamó la atención, Lee le atacó salvajemente. Creí que iba a estrangularlo. El resto ya lo sabe. Usted mismo ha resuelto la situación.

Rusel se acercó al grupo que atendía a Billingham. Lorna se incorporó y le miró.

—Es incompresible —declaró la doctora—. A menos que...

—¿A menos que...? —repitió el comandante.

—¡La cena! Lee estaba tan tranquilo devorando su cena, cuando...

Lorna se volvió hacia Sandra Baxter.

—¿Preparaste tú la cena, Sandra? — preguntó severamente.

—¡Naturalmente! Es mi trabajo —respondió la encargada de intendencia.

—No acuso a nadie, pero es posible que esa comida esté contaminada —declaró Lorna—. De momento, lo más sensato es que todos nos abstengamos de probarla. Por mi parte, voy a tomar una muestra de los restos de la cena de Lee para analizarlos.

Sandra Baxter prorrumpió en un sollozo.

—¿Cómo pueden pensar tal cosa de mí? —protestó, compungida—. ¡Les juro que preparé la comida con todo esmero!

Pollard la tomó suavemente por un brazo.

—La doctora Fynes no la ha acusado, Sandra. Pero es preciso tomar precauciones. Dígame, ¿penetró alguien en la cocina mientras usted preparaba la cena? —interrogó a la joven.

—¡Nadie! Desde que se produjo la infección en la mano de Gordon Toney, la doctora Fynes, me dio estrictas instrucciones acerca de mi trabajo, que he realizado con todas las precauciones de asepsia. Prohibió terminantemente que nadie penetrara en la cocina de a bordo, excepto yo —informó Sandra, todavía brillantes los ojos de lágrimas.

—Vamos, cálmate, Sandra. Nadie te culpa —expresó Lorna, comprensiva—. De todas formas, voy al botiquín para analizar estas muestras. En cuanto a Farrar, tendrán que recluirle en una cabina y atarle convenientemente. Más tarde le reconoceré.

Había ido recogiendo porciones de comida en una bandeja y se alejó pasillo adelante. Cuando desapareció, todos se miraron entre sí, inseguros e inquietos.

—Es algo insólito —comentó Bill Starkey, alisándose, nervioso, los cabellos—. La locura de Mara McKell, la violenta mutación de Lee Farrar...

—Olvidemos las especulaciones —te interrumpió Pollard, un tanto brusco—. Ayúdenme a llevar a este hombre a una cabina.

Farrar volvió en sí cuando Pollard y otros tres hombres se inclinaban sobre él.

Cuando le ponían en pie, Farrar asestó una feroz dentellada a Cy Ekholm, a quien produjo una tremenda herida en el brazo. La sangre que manó era tan abundante, que empapó en seguida la manga de su camisa.

Entretanto, Farrar rugía como un animal y se debatía tan fieramente que fueron necesarios seis hombres para dominarle.

E incluso así, tuvieron que atarle un cinturón al cuello y aferrarle por los cabellos para impedir que repartiese dentelladas a su alrededor.

Ne cesaba de gruñir extrañas imprecaciones ininteligibles, al tiempo que tensaba los músculos de su cuello de forma espectacular.

Así, a tirones y a golpes, fue conducido como una bestia a la cabina que le fue destinada, donde consiguieron ponerle una camisa de fuerza, tenderle en lecho e inmovilizarle con correas.

Media hora más tarde, la doctora Fynes le inyectó un fuerte sedante y Lee se fue calmando hasta adormecerse pesadamente.

Cuando los demás hubieron abandonado la cabina, el comandante Pollard preguntó a la doctora:

—Dígame, ¿halló algo sospechoso en las muestras de la cena?

Lorna asintió, sombría.

—En efecto —dijo—. Toda la comida que preparó Sandra está contaminada. Por fortuna, sólo la probó una persona: Farrar. Pero yo misma me disponía a cenar cuando se produjo su inesperada reacción. Gracias a ello, me he salvado de una terrible experiencia.

Pollard se inmutó.

—Pero ¿qué clase de contaminación? —insistió, tras una pausa.

—He conseguido aislar una especie de alcaloide sintético, parecido al ácido lisérgico. ¡No consigo entenderlo! En mi botiquín no existen drogas alucinógenas. Así que no queda otra solución que sospechar que alguien las trajo consigo cuando se inició este viaje.

—Así que usted piensa que uno de nosotros es algo así como un espía, un traidor dispuesto a hacer fracasar nuestra misión, por los

medios que sean… —insinuó el comandante.

—Yo no soy policía: soy médico. Extraiga usted las consecuencias que le dicte su criterio —respondió Lorna, lejana y fría.

CAPITULO X

Todos aguardaron expectantes que apareciera el comandante Pollard.

Aunque eran ya las once de la noche, Pollard les había transmitido el encargo de reunirse con él en la zona de pasaje.

Finalmente, la puerta de la carlinga se abrió y Rusel Pollard apareció en la zona de pasajeros.

—Lamento molestarles a estas horas —empezó—, pero el motivo lo justifica plenamente: según sospechamos, entre nosotros hay un traidor.

Esta declaración provocó una oleada de comentarios a media voz.

—¿Por qué piensa tal cosa, comandante? —quiso saber Bill Starkey.

Pollard explicó sus razones.

—No desconfié antes, pero es preciso reconocer que resulta muy sospechoso que una aeronave tan sofisticada como ésta, sufra una avería importante a las primeras de cambio —dijo—. Finalmente, hoy la doctora Fynes ha descubierto que la cena estaba contaminada. Contenía un alcaloide alucinógeno capaz de afectar gravemente a nuestro equilibrio nervioso. Ustedes mismos pueden establecer si me asiste o no la razón al sospechar que hay un traidor entre nosotros.

Los expedicionarios cambiaron miradas desconfiadas entre sí.

Luego, Tace Billingham se puso en pie impetuosamente.

—Según tal supuesto, Mara McKell, Lee Farrar e incluso la doctora Fynes (que se disponía a cenar cuando Lee sufrió su ataque) están libres de toda sospecha, puesto que ellos no iban a consumir la cena estando seguros de que se volverían locos — expuso.

—Ya que usted lo plantea, sí, eso es lo que pienso —admitió Rusel —. Naturalmente, yo no acuso a nadie. Pero quiero mantenerles informados. Ahora saben que entre nosotros hay un traidor. Eso es lo que creo yo, hasta que los hechos demuestren otra cosa. Y así, también yo me convierto a los ojos de todos en un sospechoso más.

Starkey, se agitó, excitado, en su asiento.

—¡Pero eso es absurdo, Pollard! —protestó—. Yo no puedo sospechar de ninguno de mis camaradas. Todos ellos han demostrado ser excelentes personas, dignas de toda confianza...

—El espía, el traidor también se habría esforzado en ganarse nuestra confianza —advirtió el comandante—. De otra forma, no podría llevar a cabo su misión con éxito. Pueden creer que me ha costado un gran esfuerzo dar este paso. Les pido abiertamente que desconfíen los unos de los otros, que observen las conductas de todos y que denuncien ante los demás cualquier acción sospechosa. Sólo así podremos desenmascarar al culpable.

Starkey calló. Reflexionaba.

Pero al cabo de unos instantes se puso en pie y avanzó hacia Rusel Pollard.

—¿Y si fuera alguien ajeno a esta expedición quien destrozara la radio, quien envenenara nuestra cena…? —sugirió.

La idea fue aceptada inmediatamente por la mayoría, que consideraba odiosa la posibilidad de desconfiar de sus camaradas.

—¡Sí! ¿Por qué no? —le apoyó Lyon Shute—. Alguien que se ocultara en esta misteriosa isla flotante. ¿No cree que son de por sí suficientemente sospechosos los fenómenos que hemos observado desde que llegamos aquí? La desconocida vegetación, por ejemplo. O el fenómeno luminoso que llevó a Jane a una trampa mortal. O el robo del cadáver de Gordon Toney, la desaparición de la balsa… ¿Qué me dice de todo eso, comandante?

—No sé qué decir —respondió Pollard con toda sinceridad.

—Yo prefiero pensar que el enemigo es ajeno a nosotros y no *uno de nosotros* — insistió el profesor Starkey.

—Eso seria tanto como admitir que algún extraño pudo penetrar en el *Airmaster* a partir del momento en que nos vimos obligados a descender sobre este lugar —planteó Rusel Pollard.

Starkey asintió vivamente.

—Sí, todo parece indicarlo así.

—Pero ¿es que alguno de ustedes ha advertido la presencia de un extraño a bordo? —se impacientó el comandante.

—Al parecer, no —contestó el profesor—. Pero es que ni siquiera conocemos la *naturaleza* de esos intrusos.

Lorna dedicó toda su atención a Bill Starkey.

—Un momento, Bill —intervino—. ¿Quiere decir con sus palabras que, tal vez, los intrusos fueran… seres desconocidos… extraterrestres quizá?

Un rumor de comentarios excitados se elevó de la concurrencia.

—¡Ojalá lo supiera! —exclamó Starkey, vivamente—. Pero coincidimos todos en una apreciación: lo insólito de los sucesos ocurridos desde que descendimos sobre esta isla.

Todos asintieron a estas palabras del profesor.

John «Red» Larkins se puso en pie.

—Estoy de acuerdo. Recordad las palabras de Lee, cuando sufrió esa terrible transfiguración. Cuando Tace le llamó la atención, gritó: «*Yo no soy quien vosotros os imagináis, estúpidos*» ¿Alguien puede explicarme el significado de tales palabras? —preguntó, volviéndose en redondo.

Pollard intervino entonces.

—Es muy extraño, ciertamente. Tanto como lo que me dijo a mí, dirigiéndome una mirada de ardiente odio. Gruñó: «¡Ah, eres tú, cerdo extranjero!» —recordó el comandante.

Lorna atrajo la atención de todos.

—Debo confesar que también la actitud de Mara McKell fue inquietante. Simuló cordura y sumisión, con el fin de que la liberara —relató—. Pero en cuanto creyó que había conseguido su objetivo, cambió espeluznantemente. Su rostro se deformó por el odio y me hubiera mordido si yo no hubiera captado su brusca mutación.

Starkey tomó la palabra.

—Se diría que *no eran ellos mismos*, ¿no es cierto, Lorna? —consultó con la mirada a la doctora Fynes y al ver que ella asentía, continuó—: Si yo poseyera conocimientos profundos de psicología, no me avergonzaría de mi opinión. Porque yo creo que Mara y Lee están *poseídos*.

—¡*Poseídos*! —exclamó Tessa Culver, demudada.

—Así es — insirió el profesor—. Se diría que les domina algún espíritu maligno, hostil. Ninguno de ellos, en condiciones normales, hubiera luchado contra uno de nosotros. Pero demostraron una ansiedad homicida tras ser «poseídos». Lo que demuestra que Mara y

Lee no obraban por su propia voluntad, sino influenciados.

Un clima de inquietud e inseguridad se expandió entre los expedicionarios.

—En cuanto al lugar en que nos encontramos, ya hemos observado suficiente anomalías como para establecer que no se trata de un ambiente *normal* —siguió Starkey, reflexivo—. En primer lugar, debemos admitir que no se trata de una isla, propiamente dicha.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó Cindy O'Hara, que no podía disimular el temor que la embargaba.

—De algo que flota sobre el mar, sin duda. Y que se desplaza constantemente hacia el Polo Sur, según hemos constatado. Yo diría que se trata de una inmensa plataforma —aventuró Starkey.

—Explique esa idea con más detalle, por favor —exigió Rusel Pollard, despertada su atención—. ¿Quién estaría interesado en mantener una plataforma flotante de varias docenas de millas cuadradas... en esta parte del océano Glacial del Sur?

—Alienígenas, por ejemplo —respondió el geólogo, sin dudar—. Imaginemos que seres de otros mundos desearan mantener una base de observación y experimentación en nuestro planeta. ¡Imaginémoslo solamente!

Esperó a ver el efecto que sus palabras hacían en el auditorio, que el escuchaba con religiosa atención, y prosiguió:

—He reflexionado mucho sobre este tema, después de pasar largas horas encerrado en una cabina. La extraña muerte de Jane Baselman, a la que yo amaba, fue el punto de partida para que yo comenzara a desconfiar. Todo lo que nos rodea aquí, es ajeno por completo a cuanto nosotros podemos concebir. Así que ¿por qué no puedo imaginar que se trata de una base flotante?

—Siga, por favor —rogó el comandante, prendido en el relato-exposición del profesor Starkey.

—Podrían estar experimentando en nuestro mundo con especímenes de la fauna y flora de otros mundos remotos —reflexionó el profesor—, ¿Qué mejor lugar para ello que una isla artificial, una colosal plataforma flotante?

—No lo entiendo —observó Douglas Brown—, Por lo que hemos podido calcular, esta «isla» mide varias millas cuadradas. ¿Cree que algo tan extenso podría pasar desapercibido para los pilotos de barcos

y aviones?

—Responderé a esto con otra pregunta, Doug —declaró Starkey—, ¿Qué fue lo que observaron al descender, cuando se produjo la avería en la alimentación de las turbinas?

—Un extenso banco de niebla, flotando a baja altura —respondió el copiloto.

—¡Precisamente! —arguyó su interlocutor—. Un gran banco de niebla que se elevaba desde el mar hasta unos trescientos metros. Lo suficiente para eludir las observaciones desde las aeronaves y también para permanecer ocultos a las tripulaciones de los escasos barcos que navegan por estas frías aguas. Si se trata de lo que yo pienso, ellos poseen aparatos de detección semejantes a nuestro radar. Y si es así, no les resultaría difícil alejarse del itinerario de un buque antes de que éste chocara contra la plataforma. ¿No nos estamos alejando constantemente hacia el sur, desde que el *Airmaster* se vio obligado a descender sobre este lugar? Además… es muy posible que *ellos* puedan sumergir esta «isla» a voluntad…

—Una hipótesis muy interesante, con una exposición racional e inteligente —admitió el comandante—. Y si es cierto que esta plataforma está habitada por alienígenas, no cabe duda de que nuestra presencia, aunque forzada por las circunstancias, les resulta hostil.

—Eso es lo que pienso —asintió el profesor—. Y en consecuencia, opino que deberíamos tomar ciertas precauciones…

—Evidentemente —le apoyó Pollard—. En primer lugar, un aislamiento absoluto con el exterior, a excepción de los momentos en que haya que salir o entrar para reparar las averías —puntualizó—. En cuanto a esto, cualquier precaución será escasa. Debemos mantener cerradas las compuertas día y noche y vigilar constantemente. Si todo es como sospechamos, me temo que las armas de fuego no nos serán de gran ayuda.

Larkins dejó escapar una contenida exclamación de sorpresa. Parpadeaba nerviosamente, cuando preguntó:

—¿Cómo? ¿Acaso cree que unas buenas dosis de plomo blindado no van a hacer daño a esos intrusos?

Starkey sonrió débilmente.

—Eso me temo. No creo que las armas tradicionales sirvan de nada. En cuanto a lo que atañe a nuestros presuntos invasores, Will

Flemmin, nuestro psicólogo, podrá hablarles con mayor conocimiento de causa que yo.

Todos se volvieron hacia el pelirrojo y retraído Flemmin, el cual rara vez se hacía notar a bordo del *Airmaster*.

Por lo común, llevaba siempre un pequeño magnetófono a mano, en el cual solía grabar sus observaciones.

Los expedicionarios tenían la impresión —jamás expuesta en voz alta— de que el psicólogo estaba un poco chiflado. En muy escasas ocasiones hablaba con los demás, se abstraía completamente y era poco sociable, en definitiva.

—Hasta ahora, apenas he intervenido para nada en la misión —declaró Flemmin, con voz pausada, haciendo que todas las miradas convergieran en él—. Y esto por una razón lógica, derivada de mi profesión: mi trabajo consiste, fundamentalmente, en observar el comportamiento de todos ustedes.

—Muy bien —habló Pollard—. Pero a estas alturas, su ayuda puede sernos de gran utilidad. Díganos, Will: ¿qué ha deducido de las conductas anormales de Mara McKell y Lee Farrar?

Flemmin se tomó tiempo para responder.

Y al fin expuso con voz grave:

—Mi opinión coincide con la del profesor Starkey. Pienso, como él, que unos seres hostiles y ajenos a nosotros, se han introducido en nuestro grupo —hizo una dramática pausa y añadió—: Lo más trascendente y peligroso es que algunos de ellos están muy próximos.

—¡Por Dios todopoderoso! —exclamó Lorna Fynes—. ¿Cómo puede saberlo?

—He detectado su presencia desde el día que llegamos aquí. Los noto, los percibo, ¿comprenden? Son malignos y hostiles, porque creen que suponemos un peligro para ellos.

Pollard dijo algo entre dientes.

Flemmin continuó:

—Todo es como les acabo de decir. Dos de estos seres se encuentran a bordo de nuestra aeronave. Se ocultan en los cuerpos de Mara McKell y Lee Farrar.

—¿Cree... que son... diablos? —se oyó la vocecilla de Cindy O'Hara.

—No. Ellos no poseen cuerpo, no son materiales... Son inteligencia viva, inmaterial — respondió el psicólogo.

CAPITULO XI

Las palabras del hermético Will Flemmin generaron un silencio denso, cortante.

Eran evidentes dos cosas:

Una: que la mayoría de los expedicionarios no poseían una comprensión suficientemente amplia para admitir la noción que Flemmin acababa de exponer.

Otra: a pesar de lo cual, sus declaraciones habían llevado la angustia y el pánico a sus corazones.

En medio del silencio, se oyó la música que en seguida subió de tono.

Pollard alzó la mirada, giró el cuello, desorientado y exclamó:

—¿Qué es eso?

Todos se miraron entre sí, desconcertados.

—¿Quién ha puesto esa música? —insistió el comandante, irritado.

Sin embargo, comprendió al punto que los melodiosos sonidos no provenían del interior del *Airmaster*, sino precisamente del exterior.

Era una melodía rítmica, alegre, vibrante, que subía constantemente de amplitud, hasta dominar por completo el espacio.

«Es la más perfecta música cuadrofónica que jamás escuché», pensó el comandante, desconcertado.

De repente, se abalanzó hacia una ventanilla, retiró de un manotazo la cortina y minó al otro lado con avidez.

Como todas las noches, la ciénaga relucía con aquel fulgor pálido y espectral.

A contraluz del resplandor, se distinguían los troncos de los retorcidos árboles, pero no se advertía la presencia de ningún animal, ni otra clase de criaturas o seres anormales.

—¡Es música americana! —exclamó Lorna, que no daba crédito a sus sentidos.

Porque aquella música surgía de algún lugar, fuera del *Airmaster*.

—Excelente música de jazz, en efecto —asintió el comandante—. Pero ¿quién la hace sonar, de dónde surge…?

La mayoría de los presentes corrieron hacia las ventanillas esperando ver algo que justificase aquella agradabilísima e incitante música. Pero no vieron nada y se volvieron decepcionados.

Sorprendentemente, Bill Starkey y Will Flemmin no se habían movido de sus asientos.

—¿Qué significa esto, Will? —preguntó el comandante al hierático psicólogo.

—Se refiere usted a la música, supongo. Pues bien —declaró Flemmin, impávido—, opino que es una artimaña.

—¿Una artimaña? ¿Con qué fin?

El psicólogo no parecía dispuesto a dar una respuesta directa.

—Veamos —dijo, apoyando su dedo índice en él entrecejo—. ¿Qué fue los que les atrajo a ustedes cuando se disponían a volver al Airmaster, después de dar sepultura al cadáver de Gordon Toney?

—¡Un maravilloso arco iris cambiante! —respondió Douglas Brown.

—Exactamente. Ustedes vieron algo que les fascinó. ¡Era lo que *ellos* se proponían! Pero su curiosidad costó la vida a Jane Baselman —puntualizó el psicólogo.

—En tal caso, ¿piensa que se proponen atraernos con esa música de jazz? —consultó Pollard.

—Sí. Lo que pretenden es que salgan a investigar el origen de esa música. ¿Cuáles cree que serían sus probabilidades de regresar a la aeronave, de noche y en medio de esa apestosa ciénaga… que recorren en la oscuridad voluminosos monstruos sin extremidades…? —planteó Flemmin.

Nadie contestó la pregunta. Pero todos conocían la respuesta. Sencillamente, no habría ninguna probabilidad para los temerarios que abandonaran el *Airmaster*.

Al cabo de una pausa, Flemmin se humedeció los finos labios y añadió:

—Si hubiéramos consumido la cena, ahora todos estaríamos a

merced de esos seres desconocidos que gobiernan la isla flotante. Supongo que es eso precisamente lo que se proponen: apoderarse de todos nosotros para someternos a oscuros experimentos que no soy capaz de imaginar.

Reflexionó un instante y continuó:

—No creo que *ellos* nos sometan a otra presión que la simplemente psíquica. Y naturalmente, aprovecharán la noche, más propicia para sus fines. Por eso debemos mantenernos vigilantes, despiertos.

Pollard estuvo de acuerdo.

Y decidió que Lee Farrar y Mara McKell permanecieran sometidos a una vigilancia constante durante el resto de la noche.

Luego todos permanecieron en silencio, tan profundo que eran fácilmente audibles las respiraciones.

La alegre e insinuante música se había atenuado considerablemente, pero en seguida volvía a imperar in crescendo por encima de todo.

En otra situación menos tensa y dramática, los expedicionarios hubieran sentido más ligeros sus espíritus escuchando la incitante melodía, pero ahora los vibrantes sonidos de los instrumentos de jazz tenían trémolos de mal augurio.

La aeronave entera parecía vibrar bajo los trémolos de los bajos, los trombones, los clarinetes, las trompetas y la batería que interpretaban aquella selecta pieza de jazz clásico.

«Se diría que los técnicos de sonido de la invisible orquesta hubiesen colocado gigantescos bafles sobre el fuselaje del "*Airmaster*"», pensó el comandante Pollard.

En aquel momento la mirada de Lorna Fynes se cruzó con la suya.

Como la doctora había vuelto a su asiento después de la consulta a Flemmin, Rusel avanzó lentamente y se sentó junto a la joven, que inmediatamente mostró en sus facciones un claro gesto de rechazo.

—Por favor, Lorna —susurró el hombre—. Creo que éste es un buen momento para charlar. Quiero...

—No creo que tengamos nada que decirnos —respondió ella, apretados tozudamente los gruesos y carnosos labios.

—Yo, por el contrario, sí lo creo —insistió el comandante—. Puesto que me ha acusado de asesinato, coincida conmigo, al menos, en que tengo derecho a defenderme de una acusación tan grave.

Ella no dijo nada, pero Rusel continuó, impertérrito:

—Yo no maté a Jackson Donegall. Ni siquiera le conocía bien cuando se estrelló con su motocicleta en la carretera de San Fernando…

Lorna le miró fugazmente.

—Eso fue lo que declaró usted. Pero yo conozco la verdad —recalcó a propósito las dos últimas palabras.

—Creo que tú nunca conociste la verdad, Lorna —la tuteó Pollard, de nuevo—. Según veo, ni siquiera sabes que Donegall era el amante de mi mujer.

Ahora sí se volvió vivamente la mujer.

—¿Su mujer?

—Sí, Gladys era caprichosa, voluble, falta de voluntad. No voy a negar ahora que yo también fui culpable —habló el comandante en voz muy baja—. Mi interés por todo lo relacionado con la aviación y las modernas técnicas aeronáuticas, me mantenía a menudo alejado de nuestro hogar.

Trató de captar la expresión de Lorna y añadió:

—En realidad, si me enteré de que Gladys me era infiel con Jackson Donegall, esto se debió al hecho de que él comenzó a someterla a chantaje, cuando mi esposa, siempre voluble, se cansó de él.

La doctora Fynes desvió la mirada cuando afirmó, tajante:

—No puedo creer una sola palabra.

Pollard insistió, tenaz:

—Tengo pruebas de cuanto afirmo. Finalmente, el mismo Donegall me llamó por teléfono y me confesó la verdad de sus relaciones con mi esposa. Aseguró que tenía una película de dieciséis milímetros, en la que se les veía a ambos, Gladys y él, en lugar y actitud verdaderamente íntimos. En una cama, para ser más claros.

Le dolía hablar de todo aquello, pero Rusel era consciente de que necesitaba convencer a la doctora Fynes.

—Donegall me pidió cinco mil dólares —siguió relatando—. Pretendía que si yo me negaba, aquella película iría a parar a las manos de un escandaloso reportero que trabajaba para una publicación sensacionalista. Pero no cedí a la tentación. Lo que hice fue muy diferente.

—¿Qué hizo? —inquirió Lorna, en voz muy baja también. (Y apenas lograba disimular su agitación y su ansiedad.)

—Telefoneé a la policía y presenté una denuncia por extorsión. Conozco bien a los chantajistas. Con ellos, nunca se termina de pagar, una vez se les ha entregado la primera cantidad de dinero.

Según Pollard, la policía acudió a su casa e interrogó a Gladys.

—Mi esposa lo negó todo al principio, pero luego acabó por confesar que me había sido infiel numerosas veces. Y a pesar de ello, yo la amaba aún —confesó el comandante con un hilo de voz.

Lorna cada vez se interesaba más en lo que Pollard tenía que decir. Su actitud cínica y despectiva de antes había desparecido.

—Bien. ¿Qué ocurrió? —inquirió, cuando Rusel calló.

—Gladys se suicidó. Mientras yo estaba ausente, se tomó un tubo de anfetaminas y se bebió media botella de ginebra. Su corazón se rompió —relató Pollard, dolorosamente—. No se dio mucha publicidad al asunto, ciertamente. Tan poca que ni siquiera Jackson Donegall se enteró de que mi esposa se había suicidado.

—¿Y…? — preguntó Lorna ávidamente.

—Llamó un día, preguntando por la señora Pollard —respondió el comandante—. La policía había liquidado el caso, aunque la denuncia por chantaje estaba vigente. Yo sabía que Donegall solía llamar por teléfono a Gladys desde un bar cercano…

Rusel no pensaba dejar escapar al insistente chantajista.

—Salí de casa, tomé mi coche y me dirigí al bar donde estaba Donegall. En cuanto me vio, palideció. Sin embargo, reaccionó rápidamente y logró escapar a la calle.

Donegall poseía una moto muy potente, una Davidson de doce caballos, y se alejó en la máquina a todo gas.

—Pero yo no estaba ya dispuesto a perderle de vista —declaró Pollard—, No pretendía tomarme la justicia por mi mano, desde luego,

pero tampoco estaba dispuesto a soportar la presión del hombre que se había acostado con mi mujer y además pretendía que le pagase...

Sonaban tristes sus palabras. Y desesperadas. Aquel hombre debía haber sufrido mucho en silencio, y de ahí su adusto carácter y su introversión.

Según Pollard, en su huida Jackson Donegall rozó a un automóvil en Pacific Boulevar, al detenerse bruscamente ante un semáforo.

—Debió herirse de consideración el pie derecho, porque vi unas manchas de sangre en el pavimento, cuando pasé por allí en pos de él. Pero logró escurrirse entre el tráfico, en dirección al sur, aunque nuevamente le alcancé un kilómetro más allá. Huía por la autopista del sur, hacia San Fernando Valley.

Ya en la autopista, Pollard ratificó su impresión: el fugitivo iba herido de gravedad, a juzgar por la gran cantidad de manchas de sangre que dejaba como rastro en la carretera.

—Casi estaba a punto de alcanzarle, antes de llegar a la desviación de San Fernando —continuó su relato el comandante—, cuando Donegall giró bruscamente a la izquierda, chocó contra la baranda del puente y se despeñó. Cayó desde veinte metros de altura con su máquina y murió en el acto. Numerosos conductores, que fueron testigos del accidente, declararon en tal sentido a la policía, cuando llegó una unidad de tráfico.

Rusel calló.

Luego, súbitamente alzó los ojos y miró a Lorna con tal intensidad, que ella se alarmó:

—¿Qué le pasa?

—¡La música! —exclamó él, desconcertado—. ¡Ha cesado de repente!

Era cierto. Había vuelto el silencio.

En la zona del pasaje, todos aguardaban inmóviles y expectantes, ávidos y temerosos al mismo tiempo.

De repente, se dejó oír un bramido que hizo vibrar las planchas del fuselaje.

—¡Dios todopoderoso! — musitó Cindy O'Hara.

Rusel se incorporó con ímpetu.

—¿Qué fue eso? —inquirió, dirigiendo una mirada en redondo.

—Lo ignoro —replicó su copiloto—. Se diría que es el bramido de una fiera poderosa.

—Iré a echar un vistazo —decidió el comandante.

Lorna le siguió con la mirada.

Se sentía, también, dominada por la curiosidad, anhelaba ponerse en pie y correr en pos de Pollard, mirar a través del cristal y atisbar... Pero el miedo la mantenía sujeta a su asiento.

Poco a poco, todos fueron abandonando sus sitios y acercándose, trémulos y apiñados, a las ventanillas.

Sólo Flemmin y el profesor Starkey continuaron en sus lugares correspondientes, ajenos, al parecer, a los inquietantes rumores que provenían del exterior.

Lorna contempló un momento a los dos hombres, retorciéndose las manos de pura ansiedad.

Finalmente, fue incapaz de soportar la tensión de sus nervios y corrió hacia el lugar donde Rusel atisbaba a través del cristal.

El le hizo un sitio para que ella pudiera mirar.

A simple vista, no se había producido ningún cambio en el exterior.

Pero una cosa advirtió Lorna: que la luminosidad fosforescente que surgía de las hediondas y espesas aguas era ahora mucho más intensa.

En aquel momento, se repitió el estremecedor bramido animalesco.

Simultáneamente, la verde frontera vegetal se hundió en las aguas, aplastada por... ¡unas pezuñas monstruosas!

Una enorme cabezota emergió del cenagal y un par de ojos verdosos que resplandecían como esmeraldas talladas brillaron en la noche.

—¡Dios omnipotente! —gimió Lorna, espeluznada—. ¿Qué es ese... ese monstruoso engendro?

El colosal saurio emergió por completo de entre las frondas, avanzó la descomunal testa entre las ramas y abrió las escalofriantes fauces.

Su cabeza era tan grande como un automóvil americano y las hileras de los colmillos tan erizadas como sables de acero.

El largo cuello onduló y la cabezota se elevó muchos metros por encima del *Airmaster*.

Luego el fango se agitó violentamente y surgió el cuerpo rechoncho, voluminoso, armado de placas córneas en todo el espinazo.

Pero en las aguas pululaban docenas de otros horribles seres.

Había un saurio rojizo que ondulaba en la ciénaga elevando torbellinos de sucia espuma. Y otro monstruo, peludo y vermiforme, que aparecía y desaparecía vertiginosamente entre los troncos de los árboles. Y una colosal salamandra de veinte metros de longitud que contemplaba fijamente la aeronave a través de unos ojos que parecían descomunales brillantes facetados…

Las aguas se movían en una vorágine turbulenta y la camada de bichos repugnantes, más grandes que ningún animal conocido en la tierra, bullían, se agitaban, bramaban y escupían lenguas líquidas de aquel barro verdoso y malsano.

Se habían detenido a una treintena de metros del *Airmaster*, allí donde se elevaban los bejucos formando una especie de tupida frontera vegetal.

De pronto, el saurio-rey alzó la imponente cabezota, clavó sus hipnóticos ojos verdes en el *Airmaster* y dejó escapar un bramido tan salvaje y profundo que heló la sangre en las venas de las personas que se apiñaban en las ventanillas de la zona del pasaje.

Inmediatamente, se produjo un avance.

Las aguas espumearon y el lodo salpicó abundantemente las planchas del fuselaje del *Airmaster*.

—¡Es una carga! —damò Lorna, enloquecida—. ¡Los monstruos se disponen a aplastar nuestra aeronave…!

CAPITULO XII

Un escalofrío de pánico sacudió a los expedicionarios.

Al comprobar que la avalancha de las bestias se deriga irrefrenablemente contra la aeronave, todos se separaron alocadamente de las ventanillas y buscaron refugio tras los próximos asientos.

Algunos de los expedicionarios fueron pisoteados por los más fuertes o los más asustados, pero muchos de ellos tropezaron y cayeron en confuso revoltijo en el pasillo central.

—¡Dios nos proteja! —murmuró Lorna Fynes—. ¡Vamos a morir aplastados!

Consiguió desembarazarse de unas largas piernas que la mantenían prisionera y se volvió un momento hacia atrás.

Entonces advirtió que Rusel Pollard, inalterable, permanecía junto a la ventanilla, atisbando el exterior como si ignorase el inminente peligro de muerte que se cernía sobre él.

—¡Rusel! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡No te quedes ahí, ponte a salvo! ¡Huye!

El la miró un momento, pero en seguida tornó la cabeza hacia el exterior.

Lorna, fascinada, no logró moverse de allí.

Entretanto, sus compañeros saltaban por encima de los asientos y huían desordenadamente sin saber dónde cobijarse.

—¿Es que no tiene sangre en las venas? —se preguntó Lorna, pensando en Rusel Pollard, que continuaba junto a la ventanilla, erguido.

En aquel momento, el *Airmaster* vibró ligeramente.

«¡Ahora! —pensó Lorna—. ¡Llegó el momento!»

Sospechaba que, de un momento a otro, las planchas de! avión se rajarían de arriba abajo y los horrendos monstruos asomarían sus repugnantes cabezotas a través de las aberturas.

Pero ninguno de sus temores se cumplió.

Transcurrieron lentamente los minutos.

Los que habían corrido y luchado a brazo partido por saltar por encima de los demás comenzaron a emerger de entre los asientos.

Otros se asomaban desde el pasillo de las cabinas.

Todavía atemorizados, acobardados, pero también avergonzados por no haber sabido superar el pánico.

—Tranquilícense —se oyó la voz serena de Will Flemmin—. No hay nada que temer. No hay tales monstruos. Sólo se trata de una alucinación.

¿Una alucinación?

Lorna hubiera jurado sobre los evangelios — era de religión evangelista— que las bestias que ella había visto eran auténticas y... temibles. Decididamente espantosas.

Reflexionó arduamente. Algo no encajaba.

Si las monstruosas y colosales criaturas habían cargado inconteniblemente contra el *Airmaster*, ¿cómo podía explicarse que el avión hubiera resistido perfectamente, que hubiera soportado la terrible embestida sin acusar otra cosa que una leve vibración, semejante al empuje de una fuerte ráfaga de viento?

La aeronave estaba intacta, no había sufrido el menor desperfecto.

¿Entonces...?

—Los monstruos se han desvanecido —anunció el comandante, con voz clara y contundente—. Creo que por esta vez hemos sabido resistir muy bien.

Flemmin sonrió.

—Ya les advertí que *ellos* se enfurecerían si no conseguían sus objetivos —te recordó el psicólogo.

Miraba fijamente a Rusel Pollard y comentó, admirado:

—Posee usted una admirable entereza de ánimo, comandante. ¿Cómo llegó a estar seguro de que la avalancha de las bestias sólo era un fenómeno de alucinación colectiva?

El comandante sonrió con desgana.

—En realidad, no estaba seguro de nada —confesó—. Pero usted llamó mi atención cuando dijo que la música sólo trataba de exacerbar nuestra curiosidad, provocarnos para que abandonásemos la seguridad de nuestro *Airmaster*... Si tenía razón eri esto, necesariamente la tendría también en el resto de sus advertencias... ¿Sabe? Sentí entonces la tentación, un tanto masoquista, de desafiar a esas horribles criaturas. Y aguardé, sin cerrar los ojos. Según sus cálculos, los monstruos no nos atacarían físicamente, sino que la presión sería meramente psíquica. Resistí, a pesar de que sentía un pánico cerval y... He acabando por comprobar que es usted un verdadero experto en Psicología y Parapsicología —terminó.

Paulatinamente, los restantes expedicionarios iban incorporándose del suelo. Tímidamente, se ayudaban entre sí e iban a reunirse alrededor del grupo que formaban Pollard, Flemmin, Starkey y la doctora Fynes. Douglas Brown parpadeaba, incrédulo. —Entonces... —murmuró, confuso—, ¿nada fue cierto? ¿Todos sufrimos al mismo tiempo una especie de ilusión óptica?

Will Flemmin asintió con lentitud.

—*Ellos* son mentalmente poderosos —respondió el psicólogo—. No fue exactamente una alucinación, en el exacto sentido de la palabra. Ellos poseen fuerzas superiores y desconocidas... Quizá ustedes vieron realmente unos monstruos horripilantes, terroríficos... Para explicarlo de alguna manera: ustedes vieron exactamente lo que *ellos* querían que viesen.

—Ya... —murmuró Doug, confundido y desorientado. Y se dejó caer, ó más bien se derrumbó, sobre un asiento. Lorna Fynes encendió, todavía nerviosa, un cigarrillo. —Me gustaría saber una cosa, Will —dijo, mirando fijamente al psicólogo.

—¿Sí?

—Starkey y usted permanecieron ajenos a todos esos fenómenos, sin moverse de sus asientos. ¿Por qué? —planteó.

Una indefinible sonrisa distendió los delgados labios de Flemmin.

—Starkey se sentía fatigado y trastornado. En cuanto a mí... temía sufrir las mismas visiones que ustedes. Quería mantener mi ánimo sereno, para poder luchar contra los invasores. Y evidentemente, ahora estoy seguro, me hubiera asustado tanto como los demás. Y una persona asustada no mantiene su cerebro frío y bien dispuesto —

explicó.

Pollard consultó su cronómetro.

¡Era la una y media de la madrugada...!

Las horas de la noche habían transcurrido raudas, pero al comandante le hubiera gustado ver aparecer la luz del sol a través de las ventanillas.

Iba a comentar algo con Flemmin, cuando un alarido desgarrador hendió el aire, conmoviendo a todos los presentes.

Provenía del pasillo que llevaba a las cabinas individuales situadas entre la zona del pasaje y la bodega superior.

—¡Mara...! —exclamó la doctora Fynes, incorporándose de un salto.

Pero otro grito profundo y espeluznante la detuvo.

El que gritaba ahora no podía ser Mara McKell, sino Lee Farrar, a juzgar por el potentísimo trémolo ululante que traspasaba los paneles de los compartimentos y llegaba hasta la zona de pasaje.

Luego ambos gritaron como posesos.

Chillaban enloquecidos, pronunciando horribles maldiciones e insultos y se agitaban salvajemente en sus lechos, si se juzgaba por el formidable estrépito que llegaba a través del pasillo.

En la zona de pasaje, todos aguardan impávidos y sobrecogidos, indecisos.

Hasta que la doctora Fynes, incapaz de soportar los agudísimos chillidos de Mara se lanzó a la carrera hacia el pasillo.

Rusel Pollard la siguió en seguida.

—¡No lo hagan! ¡No se acerquen a las cabinas! —advirtió Flemmin, perdiendo su flemática pasividad.

—¿Por qué?

Rusel y Lorna se habían detenido bruscamente junto a la puerta de la cabina de Lee Farrar.

—Sería un error —advirtió el psicólogo, aproximándose a ellos—. Durante la noche, ellos tienen todas las ventajas.

—No comprendo por qué —respondió el comandante.

—¡Hágame caso, por amor de Dios! —Flemmin se había ido excitando por momentos.

—Está bien —Pollard parecía impresionado por la dramática actitud del psicólogo—. ¿Qué quiere que hagamos?

—Aguardemos a que se haga de día —les pidió Flemmin.

La protesta surgió ferviente de los labios de la doctora Fynes.

—Pero... ¡es tan inhumano dejarles sufrir, abandonarles en momentos tan críticos! —exclamó.

El psicólogo se aproximó a ella.

Hubo un destello en sus ojos negros y perspicaces, sensitivos.

—No se confundan —advirtió sin que su voz se alterara—. Fijen su atención en las conductas de los que Starkey ha llamado posesos. Les aseguro que no son nuestros compañeros Mara y Lee quienes sufren, sino... *ellos*.

—¿*Ellos*?

—Sí. Saben que sus congéneres han fracasado en su intento de dominarnos. Ahora... ahora estallan furiosos, gritan, maldicen y blasfeman a través de las bocas de nuestros camaradas — insistió Flemmin.

Poco a poco, Lorna volvió, aunque trémula e indecisa, a la zona del pasaje, donde aguardaban los demás.

En seguida, Rusel se sentó cerca de ella. Por una vez, la doctora Rynes no demostró desagrado ni rechazo a la proximidad del comandante.

En lo más íntimo de su alma, se sentía ahora confortada y protegida por la presencia de Rusel Pollard. E instintivamente se arrimó a él.

Pollard sacó un paquete de cigarrillos —rara vez fumaba—, encendió dos y ofreció uno a la doctora Fynes, la cual lo aceptó en silencio, se lo llevó con ansiedad a los labios y aspiró profundamente el humo.

Durante las altas horas de la madrugada, los gritos y bramidos de Mara y Lee continuaron atronando los oídos de los expedicionarios.

Con desesperante lentitud, fue penetrando la cernida claridad de un nuevo día a través de las ventanillas del *Airmaster*.

Al amanecer, cuando ya todos se sentían extenuados y somnolientos, Will Flemmin se alzó de su asiento.

—Ha llegado la hora —anunció.

Y sus palabras atrayeron la atención de todos.

También Rusel Pollard se incorporó. Su mano derecha se apoyaba con suavidad en un hombro de la doctora Fynes.

—Ha llegado la hora, ¿de qué? —exclamó Douglas Brown, muy nervioso.

—De librarnos de nuestros enemigos —declaró el psicólogo.

Se volvió hacia la derecha y añadió:

—Comandante Pollard, doctora Fynes… ¿Quieren acercarse, por favor? Necesito hablarles.

Cuando los mencionados se acercaron a él, Will Flemmin susurró algo confidencialmente a sus oídos.

Lorna y Rusel Pollard asintieron, pálidos, pero decididos.

—Pido a todos que tengan confianza en mí —pidió el psicólogo, en voz alta, a los reunidos—. Que nadie se impresione por lo que me veáis hacer o me escuchéis decir.

Nadie hizo ningún comentario.

Tras vacilar por unos segundos, Flemmin continuó:

—Más tarde comprenderéis las razones que tengo para obrar así.

Seguidamente, se dirigieron en grupo al pasillo.

En medio de un silencio absoluto y opresivo, Flemmin pidió que abrieran la cabina donde se encontraba Lee Farrar.

El infeliz petrolero parecía rendido por completo.

Según pudieron observar los que se apelotonaban a la entrada de la cabina, Lee había intentado destrozar a mordiscos sus muñequeras de cuero, en las cuales se veían las huellas de sus dientes.

También comprobaron que Farrar se había destrozado los labios

locamente en su demencial intento.

Flemmin avanzó unos pasos y se detuvo. Sus ojos penetrantes se clavaron en los de Farrar. Y de pronto, escupió más que dijo:

—¡TU ERES EL CERDO REPUGNANTE!

Y siguió:

—¡MALA MADRE TE TRAJO AL MUNDO, GUSANO MALOLIENTE!

Farrar intentó erguirse y comenzó a agitarse tan frenéticamente que la cama de tubos de aluminio tembló como si fuera a desencuadernarse.

Gruñía algo entre sus labios ensangrentados. Algo que ninguno de los presentes supo entender.

Pero Flemmin, imperturbable, seguía increpándole:

—¡ABOMINAMOS DE TI, BASURA ENTRE LAS BASURAS, PUÑADO DE EXCREMENTOS EN DESCOMPOSICION, BESTIA TORPE, SANGUINARIA Y PERVERSA...! —pronunció, con tal intensidad que las venas de sus sienes se hinchaban y sus negros ojos lanzaban chispas.

Farrar intentó liberarse bruscamente. Simultáneamente, las personas que se encontraban detrás de Flemmin, la doctora Fynes y el comandante Pollard retrocedieron, asustadas. Sólo William Starkey permaneció, impertérrito junto a la entrada.

Lee había puesto tanto vigor en su salvaje acometida, que la cama metálica se alzó casi un metro del suelo.

Pero las gruesas correas de cuero y nylon soportaron el envite. Y Flemmin continuó, sin pestañear

—¡ESTAMOS FRAGUANDO UN PLAN PARA SOJUZGARTE, HUMILLARTE Y MANTENERTE ETERNAMENTE ATADO AL CUERPO QUE AHORA OCUPAS, BOÑIGA NAUSEABUNDA —resonaron tonantes las palabras del psicólogo.

El rostro de Farrar se deformó hasta convertirse en una máscara horripilante.

Gruñía, se agitaba bestialmente y el lecho se bamboleaba tan violentamente como si la mano de un cíclope lo zarandease.

Incluso Lorna Fynes retrocedió unos pasos prudentemente. Y su

mano se apoyó en el brazo del comandante.

—MAS UN LUGAR COMO ESTE SERIA DEMASIADO EXCELSO PARA UNA SABANDIJA DE LOS CIENOS, COMO TU —pronunció Will Flemmin autoritariamente—. ASI QUE, TAL VEZ TENGAMOS MISERICORDIA DE TI, LOMBRIZ INDIGNA, Y TE PERMITAMOS SALIR. SI ESTAS DISPUESTO A ACOGERTE A NUESTRA MAGNANIMIDAD, DEBES HACER UNA SEÑAL VISIBLE. ¡AQUIETATE, PERMANECE INMOVIL! Y FINALMENTE, PRONUNCIA CON CLARIDAD «¡PERDON!».

Pollard dirigió una fugaz mirada a Lorna, que se apoyaba en él sin reservas, trémula y expectante.

De repente, la furiosa actitud de Lee Farrar cedió.

Sus músculos se aflojaron, sus facciones tornaron a la expresión normal y quedó absolutamente inmóvil.

Luego, sus ensangrentados labios se movieron apenas.

—¡Perdón! —murmuró.

Flemmin indicó en voz baja.

—Desátenle. Con cuidado. Aférrenle por los brazos, piernas y cabellos y sáquenle de aquí.

Al sentirse parcialmente libre, Farrar se debatió en un paroxismo de chillidos, blasfemias y palabrotas groseras.

Pero los seis hombres que le aferraban con todas sus fuerzas, siguieron arrastrándole, impávidos, hasta la zona de pasaje.

—¿Quiere abrir la compuerta, comandante Pollard? —pidió Flemmin.

Rusel se adelantó y abrió lentamente.

Pusieron a Farrar al borde de la escalera y Flemmin gritó con voz estentórea:

—¡VETE AHORA, CRIATURA INMUNDA!

Farrar se agitó como una fiera. Y luego quedó súbitamente inmóvil, rígido.

Se oyó un golpe en el exterior y en seguida todos pudieron oír un chapuzón y vieron la estela que algo dejaba sobre la superficie de la

ciénaga, alejándose. Pero nada más pudieron ver.

El comandante cerró la compuerta inmediatamente.

—Suelten a Farrar — pidió Flemmin sin alzar la voz.

Le soltaron.

Lee dobló las rodillas y cayó al suelo, desmadejado y roto...

—¡Dios mío! —balbuceó Cindy O'Hara—. ¡Parece muerto!

—Tranquilícese —advirtió la doctora Fynes, que se había inclinado rápidamente sobre el caído Farrar—. No hay motivos de preocupación. Lee sólo está desvanecido.

Los mismos hombres que le habían arrastrado hasta allí le tomaron en brazos y le llevaron hasta uno de los asientos extensibles.

Tres minutos después, Lee Farrar volvía en sí. Abrió los ojos, paseó una extraviada mirada llena de asombro por los rostros de sus compañeros y sonrió desconcertado.

—¿Qué... me ha ocurrido? —balbuceó—. Me... siento como si me hubieran dado una tremenda paliza.

Los expedicionarios se miraron, perplejos. Pero Flemmin pidió a la doctora:

—¿Quiere acompañarlo a la enfermería, Lorna? —y añadió a su oído—: Aún tenemos que ocuparnos de Mara McKell.

Mara fue sometida a un duro y despiadado tratamiento por parte de Will Flemmin.

Durante largos minutos se retorció en el lecho, escupía espumarajos a través de sus labios descoloridos, desorbitaba los ojos, deformaba satánicamente su rostro e insultaba a todos los presentes con horribles palabrotas.

Hasta que su paroxismo cedió, de repente.

Entonces, todos la oyeron murmurar un apagado:

—¡Perdón...!

Fue llevada en volandas hasta la compuerta y se sucedió una escena tan impresionante e insólita como la anterior.

Por desgracia, Mara no reaccionó tan rápidamente comoLee Farrar.

Cuando el espíritu que la poseía la abandonó, hubo de ser atendida con toda dedicación durante largas horas antes de que recuperara su equilibrio psíquico.

A partir de allí, día a día los expedicionarios se esforzaron en luchar solidariamente contra los misteriosos e inexplicables ataques del exterior.

Durante el día, todos trabajaban en el montaje de los elementos necesarios para reparar la aeronave. Al llegar la noche, procuraban mantenerse ajenos a las escenas y fenómenos incomprensibles que se producían en el exterior.

El día 3 de julio, el comandante Pollard y el mecánico John «Red» Larkins habían dejado a punto las bombas de alimentación.

Ese mismo día, misteriosamente, Iris Mendoza volvió en sí. La doctora Fynes la reconoció minuciosamente y la halló en buen estado de salud.

Al llegar esa noche, el *Airmaster* fue asaltado por legiones de bestias que chocaban impetuosamente contra el fuselaje y se estrellaban contra las planchas sin dejar huellas sobre las mismas.

De madrugada, la visión de una inundación les sobrecogió. Olas de catorce metros de altura azotaban los costados de la aeronave sin producir el menor rumor.

Por fortuna, todos supieron conservar la calma. Y al amanecer del día 4 de julio, Rusel Pollard dio la ignición y los reactores rugieron poderosamente.

Acelerados al máximo los propulsores, el *Airmaster* se despegó lentamente del légamo y se alzó sobre la superficie de aquel infierno de aguas ponzoñosas y extraña vegetación.

—¿Rumbo, comandante? —preguntó alegremente el copiloto Brown.

—Nor-noroeste. Nos dirigimos a la base Hasting —respondió Pollard.

Se volvió en su asiento y miró a Glesson, que manipulaba en la recién restaurada emisora de radio—. ¿Cómo va eso, Tony?

—Empiezo a escuchar unos silbidos muy esperanzadores, comandante — respondió el operador, risueño.

EPILOGO

Alguien llamó con los nudillos en su puerta. Rusel Pollard respondió mecánicamente:

—¡Pase!

Imaginando que se trataba del ordenanza, siguió afeitándose sin volverse hacia la puerta.

Pero al cabo se impacientó:

—¡Deje ahí lo que sea, hombre de Dios, y márchese! —gritó.

Finalmente, se volvió, al no escuchar ningún sonido.

Y vio a Lorna Fynes, que vestía un precioso vestido veraniego. La airosa pamela que cubría sus cabellos, le daba un aspecto grácil y elegante.

—Nunca creí que volviéramos a vernos —pronunció el hombre, recreándose en la contemplación de la mujer—. Pero al fin se ha producido el milagro... En realidad, jamás creí que llegaras a cumplir tu palabra.

—¿Mi palabra? —se extrañó ella. Y sonrió, ruborosa—. Bueno... Verdaderamente, no hubiera tenido valor para matarte. Pasaba por aquí y... Sólo tenía la esperanza de que me invitaras a una copa.

Rusel se animó. Y aunque no se cansaba de contemplar la juvenil silueta de Lorna, tomó una toalla, se limpió la cara y se acercó despacio a ella.

—¿Sabes la verdad? — preguntó, cauteloso.

—¿La operación de la fuerza USA en el océano Glacial del Sur? Sí, dicen que nuestros bombarderos hundieron una extraña plataforma flotante. Pero eso no me preocupa ya. Sólo es una pesadilla que debemos borrar de...

—No me refería a eso — la interrumpió el hombre, impaciente—. Me refería a là verdad sobre la muerte de Jackson Donegall.

Loma asintió. Y un ramalazo de tristeza veló sus ojos.

—Jackson me engañó como a una chiquilla. Decía dedicarse a

honradísimos negocios, pero he comprobado que sus «negocios» no eran otros que el chantaje y la extorsión —confesó—. He venido a despedirme, Rusel. Vuelvo a la base de Alaska. La operación Antártida será un hecho el año que viene. Un fracaso más o menos no importa demasiado, ¿verdad?

Calló. Y al cabo…

—¿Qué harás tú, Rusel? Supongo que estarás escarmentado de aventuras temerarias…

—Te diré la verdad: fui allí para desafiar la muerte porque me sentía desesperado tras la muerte de Gladys. Pero te encontré a ti… Y puesto que tú piensas reincidir, formaré parte de la nueva misión. Y ahora… ¿quieres acercarte a mí, Loma Fynes?

Ella avanzó unos pasos tímidamente. Y luego, de forma irreflexiva y ardiente, fue a unirse con el hombre.

FIN

([1]1) Iniciales de las palabras: *white* (blanco), *anglo-saxon* (anglo-sajón) y *protestarti* (protestante). Es decir, el ideal humano de los racistas norteamericanos.